

PETER KAPRA

OJOS DEL CIELO

PETER KAPRA

OJOS DEL CIELO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Dep. Legal: B-11050 — 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

Capítulo primero

Nadie sabía que existiera un organismo de Seguridad Mundial, ni que el Secretario General, Mr. Henry Colbett, tuviese más confianza en aquella oficina privada que en todos los demás organismos de policía e investigación de los cinco continentes.

El Secretario General de las N.U. poseía un informe secreto archivado como «Expediente 0130», que le había quitado muchas horas de sueño. Y los datos que iban obteniendo los sagaces hombres del W.O.S. (*World Office of Security*), aunque confusos y extraños, resultaban significativos.

En Calcuta, por ejemplo, a un pensador y filósofo famoso mundialmente, le habían robado el cerebro después de su muerte. El robo se descubrió casualmente, porque el cuerpo debía ser incinerado. Pero un médico del hospital Kaswaitha, que además sufrió un extraño sueño, notó cierta alteración en el cadáver.

El médico, desconfiado, efectuó un reconocimiento y comprobó que el cadáver carecía de cerebro. Intervino la policía local, pero, súbitamente, una orden superior, al parecer instigada por los familiares del muerto, cortó la acción policíaca, y el difunto fue incinerado.

Sin embargo, los hombres del «W.O.S.» habían intervenido ya.

¿Qué se escondía detrás del «Expediente 0130»?

Posiblemente, nadie como el capitán Terence Chrishom, de 30 años, alto, dinámico y de ojos penetrantes, para contestar a tal pregunta. Era su departamento, situado en una oficina de aspecto comercial, en Nueva York, el que investigaba el caso.

Y debido a ello, Terry Chrishom tenía que estar viajando constantemente por el mundo, como un judío errante, en busca de misterios sin solución, como el de la niña desaparecida en el patio de una escuela, en Fort Summer (Nuevo Méjico), hija de un ingeniero electrónico de la próxima base espacial.

Así fue cómo se conocieron el capitán Chrishom y Jelly Hill, un día de calor intenso, del mes de agosto de 1999, cuatro meses antes de terminar el siglo XX.

Él llegó en un «jet» de despegue vertical. Le acompañaban tres hombres y una mujer joven, Lisy Evans, rubia platino, esbelta y bella, pero más inteligente que hermosa.

Terry Chrishom había recibido órdenes directas para investigar el caso de la niña desaparecida, debido a la súplica ferviente que hizo el padre por visófono al Secretario General de las N.U., y porque el

ingeniero Bohmmer era una pieza clave en un avanzado programa espacial norteamericano.

Si la oficina de Terry Chrishom averiguaba que alguna potencia extranjera había secuestrado a Laura Bohmmer para extorsionar al padre y obligarle a revelar la naturaleza de sus investigaciones, las Naciones Unidas tomarían cartas en el asunto y, de acuerdo con la Carta de Asociación Mundial, de Nueva York, 1987, los jefes de estado eran responsables de los actos de sus gobiernos, por lo que debían comparecer ante la Comisión Décima.

La cuestión era, pues, delicada.

Y nada más llegar al aeródromo civil de Fort Summer, el capitán Terry Chrishom se despidió de sus compañeros, a los que había confiado una misión particular.

—Hablarás con el ingeniero Bohmmer —encargó a Lisy Evans—. Le dirás que trabajas en P.R. (Relaciones Públicas) de las N.U. Ya sabes lo que queremos saber. Él no te hablará de su trabajo, pero es importante tener una idea clara de lo que está haciendo.

—Déjalo a mi cuidado —aseguró la rabia platino, guiñando un ojo con picardía.

Los otros tres agentes. Jack Preston, Bob Stack y Elly Grubber, recibieron también su recomendación final.

—Haced las cosas bien. Nos veremos en el restaurante Holden's, a la hora del almuerzo.

Cinco automóviles eléctricos habían sido encargados por radio a una agencia de viajes. Al descender de «jet», en donde sólo quedó el piloto y el operador de radio, cada uno de los miembros del grupo tomó una dirección distinta.

El propio Terence Chrishom se dirigió a la escuela de la señorita Hill, que era un precioso edificio de una planta, casi enteramente de plástico transparente, rodeado de árboles y con una verja de hierro, muy baja, que las alumnas no podían saltar, lo cual evitaba toda sensación de encierro a las educandas.

Terry detuvo el coche entre los árboles y se dirigió a la entrada principal del edificio. Sabía que allí sólo encontraría veinte niñas. Eran las del curso reducido de verano. Las restantes se encontraban de vacaciones, en distintos lugares del mundo.

Aquellas niñas, cuyos padres no podían abandonar su trabajo, aprovechaban las vacaciones para estudiar un poco, salir de excursión, divertirse, etc.

Jelly Hill había renunciado también, gustosamente, a sus vacaciones. Tenía motivos para no desear ir a casa de su padre, en Camden, Filadelfia, donde no se sentía muy a gusto.

No se daba ninguna clase formal, por lo tanto, Las niñas estaban realizando un «travelling-play», juego geográfico, y Jelly, como una niña más, participaba en el viaje imaginario de sus alumnas, cuando vio llegar al apuesto y elegante Terry Chrishom.

—Seguid jugando vosotras... Tengo una visita —dijo Jelly, arreglándose instintivamente su corto cabello dorado.

Fue hacia la puerta y abrió a Terry, quien la examinó fugazmente, calificándole como una «bellísima chica».

—Buenos días —saludó Terry—. ¿Es usted la señorita Jelly Hill?

—Sí, soy yo. ¿A qué debo el honor...?

—Soy Terence Chrishom, del Departamento de Enseñanza Media...

—¡Ah, sí! El señor Melwyn me dijo que iba usted a venir. ¿Quiere pasar a mi despacho, por favor?

—Gracias.

Terry acompañó a la joven a un despachito decorado con colores alegres, situado en el centro del edificio. Todo era didáctico allí, incluso los cuadros de las paredes.

—Tenga la bondad de sentarse, señor Chrishom. Usted está interesado por la increíble desaparición de Laura Bohmmer, ¿verdad?

—Exactamente —respondió Terry, con una sonrisa, a la vez que ponía en funcionamiento el minúsculo magnetófono oculto en su reloj de pulsera—. Deseo conocer todos los detalles del caso.

—Lo he explicado un centenar de veces, señor Chrishom. Temo que le parecerá demasiado... coherente, por decirlo así. Y no lo es... ¡Una persona no puede desaparecer así, de pronto, a la vista de todos!

—¿La vio usted desaparecer? —preguntó Terry.

—No, yo no. Me encontraba sentada debajo de los árboles, leyendo. Las niñas jugaban en el patio. Laura estaba en un columpio y era empujada por otra niña, Monny Clarkson.

«Laura lanzó un grito, que nadie sabe si fue de alegría o de dolor, y señaló hacia uno de los árboles. Otra niña se volvió a mirarla y dice que el rostro de Laura estaba demudado de terror, como si hubiese visto un terrible lobo.

»Luego, Laura cayó al suelo, al soltarse de la cadena, y allí mismo desapareció, así... ¡Zas!

—¿La vieron desaparecer sus compañeras?

—Sí, tres o cuatro.

—¿Cuántas concretamente, tres o cuatro?

—Se armó un gran revuelo. Todas gritaban a la vez, Realmente, fueron tres las que me dijeron que habían visto desaparecer a Laura. Otra dijo que el suelo se abrió, se tragó a Laura, y volvió a cerrarse rápidamente.

Terry sonrió.

—Curiosa interpretación, ¿verdad?

—Sí, pero debido a ello, la policía hizo un hoyo profundo, sin hallar nada.

—Estoy informado. Laura Bohmmer desapareció a la vista de sus compañeras, pero antes había visto algo junto a unos árboles... Algo que nadie vio, más que ella.

—No había nadie ajeno a la escuela en el recreo, señor Chrishom. Nada pudo asustar a Laura Bohmmer del modo relatado por Nelly Sullivan.

—¿Hay aquí ahora alguna de las niñas que presenciaron directamente la desaparición de Laura?

—No. Todas están de vacaciones. Incluso Nelly, que estuvo enferma varias semanas, sin poder acudir a clase, de la impresión que le produjo la desaparición de Laura.

—De modo que cayó del columpio. ¿Se hizo daño?

Jelly Hill se encogió de hombros.

—Quiero decir si la otra chiquilla la estaba empujando y el columpio iba alto. Al soltarse, pudo hacerse daño. ¿Podemos ver el lugar donde ocurrió?

—Sí, naturalmente. Venga usted por aquí.

Salieron al jardín. Las niñas de la clase estival abandonaron su recreo geográfico y se alinearon ante el muro transparente, para ver a Jelly y Terry.

Éstos se dirigieron al lugar donde estaban los columpios, sostenidos por soportes de tubo de hierro. Eran tres y el suelo estaba cubierto de arena fina.

Los árboles que rodeaban el jardín eran acacias.

—Aquí fue —señaló Jelly Hill, indicando el columpio del extremo —. Laura vio o creyó ver algo en aquel árbol de allí.

—Y todo esto estaría lleno de niñas corriendo, ¿no es así?

—Sí, en efecto.

—¿Cuántas niñas había aquí en el momento de la desaparición de Laura Bohmmer?

—Sesenta y tres.

—¿Las atiende usted a todas?

—¡Oh, no! Somos tres señoritas. Ahora están todas de vacaciones. Yo desempeño funciones de directora. Dependemos del Instituto de Enseñanza del Estado.

—Sí, lo sé. ¿Por qué no se ha ido usted de vacaciones?

—Alguien tenía que permanecer aquí este verano. Hay niñas que no pueden irse.

—¿Por qué?

—Sus padres trabajan en la Base Espacial, que hay a diez millas de Fort Summer.

—¿Como el padre de Laura Bohmmer?

—Sí.

—¿Le conoce usted?

Sí. Y también a su esposa. Están consternadísimos...

* * *

Lisy Evans, con la bata y el casco obligatorio de todos los empleados y visitantes de la Base Espacial de Fort Summer, luciendo su identificación en la solapa, llegó ante la puerta del despacho del ingeniero Bohmmer.

Un oficial de seguridad de la base la acompañaba.

—Éste es el despacho del ingeniero Bohmmer, señorita Evans.

Efectivamente, el oficial llamó al timbre y la puerta se abrió. Dentro estaban un hombre y una mujer. Él era de mediana edad, rostro anguloso y cabeza ligeramente calva, con gafas. La mujer era más joven, tenía bonitas piernas y facciones inexpresivas. Apenas si se arreglaba y su tez era algo áspera.

—La señorita Evans, del Comité Décimo de las Naciones Unidas. —presentó el oficial de seguridad—. El señor y la señora Bohmmer.

Lisy estrechó la mano primero a la señora Bohmmer, que se había levantado de su asiento para recibirla, y luego a Bill Bohmmer, cuyo semblante se había nublado de súbito, al conocer la identidad de la visitante.

—Siéntese, por favor, señorita Evans —indicó el ingeniero, señalando un sillón circular.

—Gracias.

El oficial de seguridad tenía órdenes de no separarse de Lisy. Y se sentó también. Dentro de la Base Espacial regía un reglamento muy estricto.

—Investigamos la desaparición de su pequeña, señora Bohmmer.

Maggy Bohmmer emitió un sollozo y su marido la abrazó, diciéndole:

—Por favor, sé fuerte, Maggy.

—¡No puedo, Bill! ¡Ya han pasado dos meses y Laury sin aparecer! ¿Dónde está? ¿Quién nos la ha quitado? ¿Por qué no nos piden el rescate? ¡Estoy dispuesta a dar todo lo que tengo! ¡Mi paga, nuestros ahorros, nos empeñaremos, pediremos, pero que nos devuelvan a nuestra hija!

—No creemos que se trate de un secuestro corriente, señora Bohmmer —dijo Lisy, comprensivamente—. Por eso ha intervenido nuestro Departamento. Deseamos saber cómo era Laura, lo que hacía, cómo vivía, cuánto tiempo pasaba con ustedes… ¿Qué trabajo realizan ustedes aquí que pueda interesar a alguien?

—Lo siento, señorita Lisy Evans —intervino el oficial de seguridad —. Esa pregunta no puede ser contestada. Está absolutamente prohibido.

—¡Tengo que saberlo, capitán Robinson! ¡Es importante! —exclamó Lisy con energía—. Nuestro departamento no hará uso indebido de esa información.

—Es un trabajo importante. Nada más —declaró el oficial—. No le contestarán.

—Si es necesario, recabaremos autorización de la Casa Blanca —repuso Lisy—. La Comisión Décima está facultada para exigir, en beneficio de la seguridad mundial. Mucho nos tememos que la desaparición de Laura Bohmmer pueda tener alguna relación con los trabajos que realizan aquí sus padres. Y podemos destituir a todo el servicio de seguridad de esta base, si se demuestra que alguien secuestró a la niña, para presionar a los padres. No sólo debían ustedes protegerles a ellos, sino también a su hija.

El oficial de seguridad se mordió los labios; luego dijo:

—No hay pruebas de lo que está usted diciendo, señorita Evans. De todas formas, eso debe decidirlo el coronel Coldwell.

—Bien, dejaremos ese asunto para luego. Dígame, señor Bohmmer, ¿considera usted los trabajos que está realizando tan importantes, internacionalmente como para que algún país extranjero tenga interés en ello?

Bill Bohmmer tardó un segundo en contestar.

—Puede ser —repuso—. Sin embargo, ni siquiera la vida de mi hija Laura me haría traicionar a mi patria.

—Eso se dice, pero no siempre se hace. ¿Piensa usted igual que su esposo, señora Bohmmer?

Margaret Bohmmer tardó en responder unos segundos más que su marido.

—No sé lo que yo haría. Lo digo sinceramente. Desde que desapareció Laura se nos vigila y protege más que antes, y no podemos salir de la Base sin escolta. Creo, empero, que esto debió hacerse antes, también con mi hija.

—¡No puede usted acusamos de negligencia, señora Bohmmer! —se defendió el capitán Robinson.

—¡Ni ustedes pueden exigirme que sacrifique a mi hija en

beneficio de una investigación científica que, a la larga, puede resultar un fracaso! Sinceramente, tanto Bill como yo hemos perdido todo interés por él…

Un gesto constante de Robinson atajó a Margaret Bohmmer.

—Por favor, no perdamos el tiempo —pidió Lisy Evans—. Les aseguro que puedo obtener de Washington el permiso para indagar en sus trabajos. Esa investigación puede ser la clave de la desaparición de la niña y el rapto estar dirigido a una especie de chantaje científico.

—No insista —dijo Robinson, poniéndose en pie—. Consiga usted ese permiso y será informada por quien corresponda. Nadie aquí le dirá nada.

—¿Y si mientras perdemos el tiempo en trámites burocráticos se malogra la posibilidad de rescatar a Laura Bohmmer?

—Todavía no está probado que sea un secuestro. Las noticias que nos ha facilitado la policía, y lo que hemos averiguado nosotros, es que se trata de una incomprensible desaparición.

—¿Por qué piensa usted que estoy aquí, capitán Robinson? —preguntó Lisy secamente—. ¿Para divertirme? ¡Sepa que de mi informe a la Comisión Décima puede venir la sustitución de todo el personal de seguridad de esta base!

Robinson empezó a perder el aplomo.

—Hable usted con el coronel Coldwell.

—Desde luego que lo haré —replicó Lisy. Y, mirando a Margaret Bohmmer, añadió—: Nosotros encontraremos a su hija. Confíe en nosotros.

—¡Por el amor de Dios, se lo suplico! ¡Hagan ustedes algo! ¡Ya no resisto más! ¡Mi querida niña no puede esfumarse en pleno día, delante de otras muchachitas! ¡Eso es imposible! ¡Algo ocurrió que se podrá explicar en su día!

—Escuche, señora Evans —intervino Bill Bohmmer—. Debo decirle a usted algo que puede ser importante. La noche antes de la desaparición de Laury, yo estaba en casa tomando café y pensando en mi trabajo. Puede que no tenga importancia, pero se me ocurrió una idea, referente a la investigación que realizo en el laboratorio electrónico y, para no olvidarla, busqué algo donde anotar una fórmula.

«Vi la cartera del colegio de mi hija sobre la mesita del vestíbulo. La tomé y anoté en una libreta de cálculo el dato que necesitaba.

—¿Y qué hizo con la nota?

—La arranqué y me la guardé en un bolsillo.

—¿Con qué escribió?

—Con un bolígrafo.

— ¡Debió quedar marcada en la hoja siguiente!

—Supongo que sí. Por eso se lo digo. Y la libreta de cálculo de Laury desapareció también el mismo día que ella.

—Eso es importante —declaró Lisy Evans, cuyo reloj pulsera había grabado toda la conversación—. Ahí puede estar la conexión entre el misterio de la desaparición de su hija y el trabajo que ustedes realizan en esta Base.

«Capitán Robinson, le ruego que colabore con nosotros o tendrá que lamentarlo muy pronto. Tenga en cuenta que la información obtenida aquí por mí sola será utilizada por la Comisión Décima de las N.U., en el sumario abierto.

—Estamos trabajando en la interpretación de ondas magnéticas emitidas por seres inteligentes extragaláctico — habló precipitadamente Margaret Bohmmer.

—¡No ha debido usted decir nada! —exclamó Robinson—. Informaré de esto al coronel Coldwell... ¡Y usted no podrá salir de aquí hasta que el Departamento de Seguridad lo autorice! Tenga la bondad de venir conmigo. La entrevista ha terminado.

¿Seres inteligentes extragalácticos? ¿Sería aquella la explicación del misterio de la desaparición de Laura Bohmmer?

Lisy Evans pensaba que sí. Pero la idea era demasiado sorprendente... ¡Increíble!

Capítulo II

Lisy Evans no acudió a su cita con Terry Chrishom, en el restaurante Holden's. Al ver que la inteligente rubia platino se retrasaba, el jefe del grupo de agentes de la «W.O.S.» dijo:

—Algo le ha ocurrido a Lisy, Bob.

—Podemos esperarla un poco más —intervino Jack Preston—. Si no viene, iremos a buscarla.

—Debía estar aquí. ¿Cómo te ha ido a ti, Elly?

—La policía local es muy reservada —contestó Elly Grubber—. Habremos de decir quiénes somos.

—¡Quítate esa idea de la cabeza, Elly! El éxito de nuestras investigaciones está en el secreto: Y si nos detienen, sabes muy bien que el Secretario General negará conocernos. Ésas son las leyes del juego, aunque parezcan duras. Nuestra ventaja consiste en fingimos agentes de los organismos que más nos plazcan. Nadie podrá demostrar la suplantación.

—En la casa que los Bohmmer tienen en la ciudad no he hallado nada —dijo Preston—. Pero he colocado todos los transistores. Nick ya tiene trabajo con la radio.

La comida fue un poco triste, sin la presencia de Lisy. Al terminar, Terry dijo:

—Volved al «jet» y esperad mi regreso. Iré a la base espacial a ver qué ha sido de Lisy.

Terry abandonó el restaurante antes que sus amigos. Tomó su coche de alquiler y se dirigió hacia el norte, hasta llegar a la bifurcación de la autopista, donde un gran letrero anunciaba «Área restringida - Zona Militar».

Pese a ello, Terry continuó su camino, hasta que encontró la valla electrificada y el puesto de vigilancia, donde dos soldados armados con «lasser» le dieron el alto.

—¿Dónde va usted? —le preguntó uno.

—Busco a Lisy Evans. He venido con ella de Nueva York y quedamos en vernos a mediodía en la ciudad. No ha acudido a la cita y yo sé que está aquí. Necesito averiguar qué le ha sucedido.

—No puede usted pasar. Estacione su auto en ese lugar y espere. Llamaré a Control. ¿Cómo dice que se llama su amiga?

—Lisy o Elisabeth Evans. Es rubia platino y...

—¡Ah, sí, la recuerdo! —exclamó el otro—. Llegó esta mañana. El capitán Robinson la acompañó. Aguarde aquí.

—Gracias.

Terry esperó sólo diez minutos, transcurridos los cuales un vehículo rápido, procedente del interior de la Base Espacial, llegó a la entrada; se detuvo al otro lado de la barrera y de el saltó él propio capitán Robinson.

Terry estaba fumando un cigarrillo cuando el oficial de seguridad se acercó a él.

—¿Puede usted identificarse? —preguntó.

—¿Para qué? Sólo busco a una chica que vino aquí a no sé qué.

—¿Qué interés tiene usted por Lisy Evans?

—Me gusta —dijo Terry—. Nos conocimos la semana pasada, y tal vez me case con ella. ¿Es eso algo malo?

—Lisy Evans es nuestro huésped hasta recibir respuesta a un informe enviado a Washington. Lo siento. Son órdenes militares.

—¿Está detenida, pues?

—No. Invitada a permanecer aquí hasta mañana, como máximo.

—¿Contra su propia voluntad?

—Nadie es dueño de su propia voluntad.

—Yo sí, oficial. Y si usted no lo es, hágase millonario, como yo, y podrá hacer lo que se le antoje. Mi nombre es Sandy Harper, y mi padre es el senador Harper. Ahora mismo hablaré con él por larga distancia. Le aseguro que Lisy tendrá que ser puesta en libertad inmediatamente.

Diciendo esto, Terry se introdujo en el coche, que iba provisto de visófono y, ante el aturdido capitán Robinson, pidió una comunicación preferente con el senador Harper, en Washington.

Y lo sorprendente fue que, casi en el acto, el propio senador por West Virginia, Joseph Harper, apareció en la pequeña pantalla, y el capitán Robinson, inclinado sobre la ventanilla, pudo ver y oír la conversación.

—¡Hola, Sandy! ¿Dónde diablos estás? Hace tres días que no te veo.

—Lo siento papá. Me encuentro en un horrendo lugar de Nuevo Méjico, llamado Fort Summer, en la entrada de una base espacial del Ejército. He venido acompañando a tu futura nuera y resulta que...

—¿No me digas que vas a casarte, condenado? ¿Quién es ella?

—Una funcionaría de las Naciones Unidas. Se llama Lisy Evans... ¡Escucha, por Dios, papá! —Terry hizo un gesto a Robinson, rogándole se apartase—: Es privado esto.

—Sí, señor... Perdone...

Dentro del coche, la comunicación continuó unos minutos. Hasta que Terry dijo, bajando la voz:

—Muy bien esa retransmisión, Nick. Ha salido casi perfecta.

Prepara otro enlace, porque voy a llamar de nuevo desde el interior de la base. Y esta vez procura sincronizar el sonido al movimiento de los labios del buen senador Harper.

—Lo intentaré, Terry. Descuida.

Efectivamente, pocos minutos después, el capitán Robinson se acercó de nuevo al coche, tras haber hablado por teléfono con su superior, y dijo:

—El coronel Coldwell le ruega que tenga la bondad de entrar en su despacho, señor Harper. Seguramente, no habrá inconveniente en que la señorita Evans se marche con usted… ¿Puede dejar su tarjeta de identidad en el primer puesto? Le será devuelta a su salida.

Terry extrajo uno de los billeteros que llevaba distribuidos por el interior de sus ropas y mostró una tarjeta amarilla de identidad. Allí figuraba el nombre de Sandy Harper, y la profesión que ostentaba era la de diplomático.

* * *

—El matrimonio Bohmmer intenta traducir o interpretar las ondas magnéticas que emiten los seres extraterrestres inteligentes —informó Lisy, cuando viajaban hacia Fort Summer, una hora después.

—Eso puede tener conexión con el caso de Naghtma Yhedir —comentó Terry, pensativo—. Y también con el clisé fotográfico de Marcel Diterand.

—¿Quieres decir? —preguntó Lisy.

—Quisiera poder decirlo. Desde luego, hay demasiados casos ya en el «Expediente 0130» para negar la evidencia. Es seguro que con los medios electrónicos con que cuentan aquí, hayan captado ondas que antes pasaban desapercibidas… ¡Esos seres extragalácticos deben comunicarse entre sí de algún modo! Las ondas magnéticas ultrasensibles pueden ser un buen medio. Sin embargo, no deben ser tan inteligentes como suponemos, ya que realizan estupideces como la de desintegrar a Laura Bohmmer a la vista de todos y en pleno día.

—¿Crees que la han desintegrado?

—Desapareció súbitamente. ¿Qué otra cosa podemos pensar?

—La madre cree que la hicieron desaparecer para llevársela.

—También es posible. El cerebro de Naghtma Yhedir fue extraído sin la debida trepanación. Y la silueta que obtuvo Diterand en su clisé fotográfico no era humana, ni mucho menos.

—¿No crees que esos seres han averiguado el peligro que corren de ser descubiertos e intentan coaccionar a los Bohmmer, destruyéndoles lo que más quieren? —preguntó Lisy.

—No sé a qué conjetura llegar. Pero no quiero correr riesgos innecesarios. Vais a volver a Nueva York sin mí. Yo tomaré un avión de pasaje mañana. Quiero hablar esta noche con una preciosa maestra de escuela, a quien no le gusta ir a casa de vacaciones.

—No te entiendo —dijo Lisy.

—Ni yo tampoco. Jelly Hill tiene su padre en Camden, Filadelfia. El hombre debe estar muy solo allí. Pero a su única hija no le gusta visitar a su padre. Quiero conocer la razón.

«La maestra y yo cenaremos juntos esta noche, en su apartamiento. Hablaremos de su vida privada.

—¿La crees relacionada con el caso? —insistió Lisy.

—No, desde luego. Pero quiero someterla a la prueba de Ferguss.

—¡Oh, entiendo! ¿Has traído el maletín?

—Sí. Lo tomaré del «jet». Sé que a veces no da resultado. Pero si Jelly Hill ha sufrido recientemente hipnosis, su subconsciente puede revelarnos algo respecto al hipnotizador.

—No se te escapa nada, Terry —dijo la detonante rubia, con una sonrisa.

—Hago lo que puedo. Mi teoría es que, tal vez por uno de esos fenómenos extraños de la mente, Laura Bohmmer no sufrió los efectos de la hipnosis colectiva, o quizás, siendo ella la víctima, sus raptores no la dominaron. Ella vio a sus raptores y se aterró; por eso cayó al suelo.

Allí, no desapareció, como todas las demás niñas creen, sino que, al estar dominadas por la hipnosis, creyeron verla desaparecer. Esto se ha realizado ya en otras ocasiones. Una cosa es lo que se pretende hacer creer y otra muy distinta lo que sucedió en realidad.

Por eso presiento que la niña está viva. Es un cerebro muy ágil el suyo. Incluso sorprende a su maestra. Un buen cerebro en embrión para un posible estudio, como el de Naghtma Yhedir.

—Tiene posibilidades tu teoría, Terry.

—Y no las abandonaré hasta cerciorarme de mi error…

Lisy Evans sonrió y cambió de conversación.

—Dick ha utilizado perfectamente la filmación del senador Harper. Habrás de ir pensando en cambiar el truco o te descubrirán.

Terry también sonrió.

El coche eléctrico transitaba ya por una avenida de Fort Summer.

—Sí. Es la tercera vez que lo empleo. En este caso era necesario o te habrías quedado en la base a pasar la noche y dudo que mañana te hubiesen dejado salir. La Comisión Décima no te conoce en absoluto.

—Investigarán.

—Por eso quiero que estés en Nueva York cuando te busquen.

Modifica tu cara y tíñete el cabello.

—Descuida. Ya contaba con eso. Ahora seré más chata, pelirroja y un poco más gruesa.

—Cámbiate también el color de los ojos.

* * *

Terry sabía ser romántico cuando se lo proponía. Y la cena, con escasa luz y música ambiental, fue maravillosa. Jelly Hill, además de ser muy atractiva, resultó ser una excelente cocinera.

Terry había dejado su maletín rosado en el vestíbulo.

Ahora, cuando Jelly dormía suavemente en sus brazos, dominada por el poderoso influjo mental de Terry, ¡y por la droga que vertió en su vaso de champaña!, él fue en busca del maletín y lo colocó sobre una mesita inmediata. Lo abrió con calma, sacó un cable y lo enchufó a la red eléctrica.

Varios cables salían del tablero interior del maletín, provistos de ventosas que Terry colocó en los lugares adecuados del cráneo de Jelly. Luego, manipuló los controles del aparato, hasta que el indicador osciló bajo los impulsos mentales del cerebro de la joven.

Cuando las ondas de Ferguss llegaron a la región del subconsciente de la educadora, Terry puso en funcionamiento una grabadora magnética, instalada en el maletín, de modo que todo el influjo mental de la joven quedara grabado en una cinta virgen. Más tarde, en la reproductora del laboratorio de la «W.O.S.», Terry podría contemplar todo lo que Jelly había visto en los últimos años. La penetración de la memoria era profunda. Todo quedaba registrado en la cinta.

Cuando consideró que ya tenía bastante, Terry cerró los controles, retiró las ventosas de la cabeza de ella, desenchufó el aparato y cerró el maletín, que dejó nuevamente en el vestíbulo.

Consultó su reloj electrónico y después se sentó al lado de la joven dormida.

—Pronto despertará —se dijo—. No se dará cuenta de nada… La verdad es que voy a enterarme de todos los secretos de esta dulce criatura. No sería nada extraño que descubriese un sentimiento nuevo, dedicado a mí. Esta cena, en privado, no obedece a motivos de interés… ¡Y confieso que no me desagradaría enamorarme de ella!»

Pese a sus buenos propósitos, Terence Chríshom era un agente de la «W.O.S.» y estaba en Fort Summer en misión de servicio. No lo olvidó ni siquiera un instante.

Jelly suspiró en aquel momento y parpadeó. Al ver a Terry ante ella, sonrió dulcemente y musitó:

—Creo que me he dormido He trabajado mucho últimamente. ¿Me perdonas, Terry?

—Estabas preciosa durmiendo. Ha debido ser la música. ¿Quieres que salgamos a la terraza? Hace una noche deliciosa y aquí hace un poco de calor.

—El aire acondicionado es bastante fuerte — replicó Jelly, saliendo con él hacia el exterior.

En la terraza había un sillón de columpio, de espuma verde. El murmullo de la pequeña ciudad rural llegaba hasta ellos.

—Háblame de ti. Jelly. ¿Te gusta vivir en un sitio apartado como éste?

—Fort Summer está dejando de ser un lugar apartado desde que instalaron la base espacial. A veces veo la estela de los cohetes, que ascienden al espacio, en esos fantásticos viajes hacia las estrellas, y me maravillo de lo insignificante que soy.

—¿Cuánto tiempo llevas allí, Jelly?

—Dos años y medio. Llegué con los ingenieros y sus familiares. Sólo una vez he visto la base espacial, y desde el exterior.

—¿Qué hacías antes?

—Estaba en un Instituto, en Camden.

—¿Por qué viniste aquí?

—Por cambiar. Mi padre me crispaba los nervios con sus experimentos de alquimia, emulando a Paracelso. Papá tiene mentalidad de químico de la Edad Media.

—Debe ser muy pintoresco tu padre —dijo Terry, sonriendo—. ¿Es funcionario retirado?

—No. Mi padre posee rentas cuantiosas. Gracias a eso puede permitirse el lujo de costear su «hobby».

—¿No pretenderá convertir el plomo en oro?

—No. Eso se logra ya por medio de la transmutación atómica. A papá le gusta todo lo antiguo, desde la hechicería hasta el vudú. Ha escrito varios libros sobre magia, exorcismo y brujería medieval, que nadie ha leído. Pero a él no le importa que la gente no le comprenda. Tampoco trata de ser comprendido. Es feliz con sus chifladuras. Incluso le gusta de ponerse un ropón azul, cuajado de estrellas, e invocar a los espíritus ante un fuego encendido. Asegura que el fuego es una transmutación de materia con desprendimiento de energía, a través de la cual capta él mensajes procedentes del pasado. A todo le llama quiromancia.

Terry sonrió.

—Si puede costearse su distracción, no veo mal en ello.

—¡Yo temo por su salud mental! —exclamó Jelly.— Tuve que

dejarle por imposible.

—¿Qué edad tiene?

—Cincuenta y seis años. Quedó viudo a los cuarenta. Desde entonces se dedica a esas prácticas. Una vez lo vi en lo que él llama su «santa sanctorum», ante una retorta humeante haciendo invocaciones extrañas. Se había dejado la puerta abierta y la tempestad apagó la luz.

«A la luz de los relámpagos y de la extraña llama de la retorta, me pareció algo fantasmagórico. Grité, aterrada, pero no me oyó. Tuve que ir a esconderme en mi cuarto. Su antro me pareció un lugar horrible, como dispuesto para sacrificios humanos.

Terry soltó una carcajada.

—Un padre con carácter, ¿eh? Me gustaría conocerle. No me morderá si voy a visitarle, cuando vaya a Filadelfia.

—No. Es correctísimo cuando está fuera de su «sanctorum». Además, papá posee una vasta cultura. Pero el ambiente en que vive me aterra. Yo prefiero la luz, la música, el color y la alegría de mis niñas.

Él la estaba mirando fijamente a los ojos y ella se detuvo, sosteniéndole la mirada.

—Estás adorable, Jelly. Me alegro de verdad de haberte conocido.

—Yo también a ti, Terry.

Él se inclinó sobre ella, la abrazó suavemente y besó sus labios apasionadamente…

* * *

Lisy Evans despertó, dé súbito, encontrándose envuelta por una luz verdosa, extraña y sobrenatural, que le sobrecogió profundamente.

No había regresado al «jet», pues prefirió dormir en el «Play Hotel».

¡Ahora iba a pagar con la vida su comodidad!

De pronto, ante ella creyó ver algo así como dos pupilas brillantes, enormes, de color verde oscuro, casi negras, con numerosas venas rojas. Y las pupilas flotaban en el aire, ante ella, y se le acercaban.

Lisy intentó gritar, pero sus cuerdas vocales se negaron a obedecerle. Su terror era inmenso.

También creyó escuchar como un siseo áspero.

Los dos ojos pertenecían a un cuerpo invisible, ¡a un cuerpo extraño y monstruoso que irradiaba luz verde, como una enorme luciérnaga!, y cuya propia luz lo ocultaba.

¡Un cuerpo provisto de tentáculos verdes!

Lisy no vio nada de todo esto. Sintió que le faltaba la respiración, que los ojos del monstruo se acercaban a ella, vibrantes, homicidas.

Luego, la joven quedó inerte en el lecho. Un instante después la luz se fue apagando .y la estancia volvió a quedar en tinieblas. Un observador capaz de ver en la oscuridad habría contemplado algo espeluznante, indescriptible, horrendo, que retrocedía hacia la puerta.

Allí, aquel ser pareció contraerse, enrollarse en sí mismo, como una masa de gelatina viviente, y transformarse lentamente en algo que poco a poco fue adquiriendo figura humana.

Desaparecieron los tentáculos y surgieron brazos y piernas. La masa bulbosa se convirtió en tronco, en cabeza y en cuello. Y un rostro de facciones correctas sustituyó al cráneo deforme.

Cuando aquel ser abandonó la habitación de Lisy Evans, minutos después, parecía un hombre de unos' treinta años, vestido con una casaca roja y unos ajustados pantalones, de agradable físico y ojos humanos.

Sin embargo, era un espía-asesino de Glatk.

Capítulo III

Terry Chrishom fue detenido por la policía de Fort Summer cuando salía del edificio de apartamientos donde vivía Jelly Hill. Dos agentes que salieron de un vehículo oficial le encañonaron con sus armas.

—¡No se mueva! — gritó uno.

La calle estaba desierta en aquel momento, por ser una hora muy intempestiva.

—¡Vaya! ¿Qué ocurre, agentes? —preguntó Terry, sin inmutarse.

—Tenemos órdenes de detenerle.

—¿De qué me acusan?

—El sargento Newcombe se lo dirá en el puesto de policía. Suba usted al coche.

Terry llevaba el maletín en la mano.

Subió al coche y fue conducido rápidamente a un edificio, no lejos de donde vivía Jelly Hill. Una vez allí lo introdujeron en un despacho. Y el primer rostro conocido que vio fue el del capitán Robinson, oficial de seguridad de la Base Espacial.

—¡Hola! —Robinson le saludó con ironía—. Con que era usted el hijo del senador Harper, ¿no es así?

Terry también sonrió. Miró al oficial y luego al sargento vestido de paisano, que mascaba un cigarro puro.

—¿Qué lleva usted en ese maletín? Déjelo sobre la mesa.

Terry obedeció.

—¿Cuál es la acusación? —preguntó.

—Homicidio —dijo el sargento Newcombe.

—No está mal. ¿Quién es la víctima?

—Lisy Evans.

Terry pareció recibir un invisible mazazo en la frente. Se tomó pálido y tartamudeó.

—¿Li…sy E…vans?

—Su cadáver ha sido hallado en el «Play Hotel» hace una hora. Hemos sabido que hoy estuvo en la Base Espacial, y que usted, fingiéndose ser hijo de un senador y diplomático, la sacó de allí —declaró el sargento.

—Yo no… ¡Yo no la he matado! —gritó Terry.

—Salía de un edificio de apartamientos cuando lo encontramos —informó uno de los agentes.

—¿Qué hacía usted allí?

—Estuve con la señorita Hill, maestra del Instituto de Enseñanza Media.

El sargento Newcombe arqueó las cejas.

—Eso lo comprobaremos fácilmente. ¿Cuánto tiempo ha estado usted con la señorita Hill, señor Harper? ¿Y cómo se llama usted?

—Mi nombre verdadero es Terry Chrismon. Soy agente de turismo.

—¿Y cómo lo hizo para hablar con el senador Harper? — preguntó el capitán Robinson.

—Un viejo truco. Empleé una cinta magnética, cuyo diálogo conozco de memoria. No lo hice con mal fin.

—¿No? ¡Pero la señorita Evans ha muerto!

—¿Cómo ha muerto?

—Eso es lo que todavía no sabemos —rezongó el sargento de policía—. Se está practicando la autopsia. Al, ponte al habla con Jelly Hill.

—Yo no he matado a Lisy Evans. Somos amigos. Hemos llegado juntos de Nueva York.

—¡No crea usted una palabra a este farsante, sargento! —exclamó el capitán Robinson—. Se ha burlado de nosotros y ha violado el reglamento.

—Siento que sean ustedes tan respetuosos con el senador Harper —dijo Terry—. Tal vez esperaban obtener una felicitación por dejar ir a Lisy Evans, si las ordenanzas le impedían dejarla ir.

Robinson se mordió los labios, con despecho e, ira.

—Búrlese todo lo que quiera, amigo. Si la policía le deja ir, lo agarraremos nosotros.

—Escuche, sargento, no sé quién ha matado a la señorita Evans, y soy el primero en sentirlo. Todavía no salgo de mi asombro. La señorita Hill les dirá que estuve con ella desde las nueve.

—La verdad, lo crean o no, es que estaba realizando una investigación particular en torno a la desaparición de Laura Bohmmer. Utilicé a Lisy Evans, debido a su empleo en las N.U., para entrevistar a los padres de la niña.

—¿Qué interés tiene usted en ese caso? —preguntó el sargento Newcombe.

—Puramente científico. En realidad, tengo una teoría muy particular sobre este asunto y pretendía demostrarla. Para ello fui esta mañana a la escuela y hablé con la señorita Hill. Por eso hemos cenado juntos.

—¿Y ese maletín?

Es una especie de detector mental, que no he llegado a utilizar, porque Jelly Hill me ha contado todo lo que sabía.

—¿Puedo verlo? —preguntó Newcombe.

Terry abrió el maletín y mostró al sargento su interior.

—Los cables se colocan en las sienes de la persona a quien se desea investigar. A veces se consiguen resultados extraordinarios.

—Tendremos que incautar el maletín para que lo examinen nuestros técnicos, señor Chrishom —dijo el sargento—. De momento queda usted detenido. Si se comprueba que es inocente, será puesto en libertad. Llévalo a la celda número seis, Globber.

—Sí, sargento —respondió el agente.

—¡Espere! —atajó Terry—. No pueden hacerme esto. Es anticonstitucional. Soy un ciudadano libre.

—Aquí, en Fort Summer, estamos bajo jurisdicción semimilitar, señor Chrishom. En primer lugar, hemos de averiguar si ha dicho usted la verdad. Y creemos que no.

El capitán Robinson sonreía divertidamente.

—¡Pregunten a la señorita Hill!

—Ya lo estamos haciendo Ah, deje encima de la mesa todo lo que lleve en los bolsillos, por favor. No se permite entrar en las celdas con ninguna clase de objetos.

Terry sacó una cajita alargada, que parecía contener píldoras de alguna especie. Sin embargo, al ir a dejarlas sobre la mesa, hizo un torpe movimiento y la cajita cayó al suelo. Inmediatamente, se agachó a recogerla, murmurando:

—Perdón... Era neuralgina. Para los nervios.

Extrajo algunos objetos más y lo fue dejando todo sobre la mesa, ante los ojos escrutadores del sargento.

—No hay más —dijo, al terminar.

—Lo que lleve encima le será retirado al entrar en la celda... ¡Ah, qué sueño!

Terry retrocedió unos pasos al ver bostezar al sargento.

El capitán Robinson también se llevó la mano a la boca. Y el agenté situado detrás de Terry también sintió la pesadez del sueño.

—¿Qué diablos...?

El sargento Newcombe no pudo continuar. De pronto, se ladeó, quedando recostado de la silla.

El capitán Robinson no tardó en desplomarse también, cuando intentaba dirigirse a la salida.

El agente quiso desenfundar su arma, pero le faltaron sus fuerzas. No cayó al suelo porque Terry lo sujetó y luego lo acomodó en una silla.

Acto seguido, Terry recogió rápidamente sus cosas y se volvió a guardarlas, tras besar la cajita de las píldoras.

Gracias. Siempre es bueno sacudir esto un poco, cuando se es inmune al sueño artificial.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y apareció el agente que había ido a comunicarse con Jelly Hill. Al ver a los tres hombres dormidos, lanzó un grito y echó mano a la funda de su arma. Pero Terry saltó sobre él y le golpeó fuertemente en la mandíbula, haciéndole caer de espaldas al suelo, inconsciente.

Luego, el agente de la «W.O.S.» tomó el maletín y se dirigió a la salida, donde había un agente sentado ante un televisor portátil.

—El sargento le llama, amigo —dijo Terry.

—¿Sí? Voy inmediatamente.

El hombre penetró en el edificio, mientras Terry se alejaba calle abajo, rápidamente, para doblar la próxima esquina y echar a correr al escuchar los gritos de alarma a su espalda.

* * *

Terry llegó en pocos minutos al aeródromo civil y se dirigió al «jet» donde estaban sus compañeros. Llamó a la compuerta inferior repetidas veces, hasta que Bob Stack, que estaba de vigilancia, le abrió.

—¿Qué ocurre, Terry? No te esperábamos hasta...

—¡Han matado a Lisy y he escapado de manos de la policía! ¡Hemos de irnos inmediatamente, Bob!

—¿Han matado a Lisy? —Stack quedó anonadado, repitiendo la increíble noticia.

—¡Despierta a los otros! ¡Vamos a despegar sin permiso de nadie, porque no nos lo darían! Tomaremos tierra a cien millas de aquí.

Terry subió a la cabina, por la escalerilla que descendía al abrirse la compuerta, y luego cerró ésta, mientras Bob Stack iba al compartimiento trasero a despertar a los otros agentes.

Sin perder un instante, Terry puso en marcha los motores de despegue vertical. Vio que en la torre de control se encendía la luz roja de prohibición de despegue, pero no conectó la radio.

Antes de que los servicios de vigilancia pudieran interceptarlo, el «jet» despegó, elevándose como un cohete y alejarse de Fort Summer en pocos minutos.

Bill, Jack, Bob, Elly y el joven radiotécnico Nick Miller salieron en aquel momento, a medio vestir.

—¿Han matado a Lisy? —preguntó Elly Grubber, consternado.

—Eso me ha dicho la policía. ¿Por qué no estaba aquí?

—Prefirió dormir en el «Play Hotel» —explicó Nick—. Bill y Bob siempre se meten con ella.

—No creo que sea cosa de la seguridad militar de la Base. Pero

lograron averiguar que yo no soy Sandy Harper. Ven conmigo, Nick. Vamos a realizar una prueba. Toma los mandos. Bob. Aterriza en algún lugar desierto. Emplea los focos brevemente. Puede que nos sigan.

Hecho el relevo en los mandos, Nick y Terry se fueron a la cabina-laboratorio del «jet», donde el jefe del grupo abrió el maletín.

—Quiero reproducir los recuerdos de Jelly Hill. Dame la corriente que necesito.

—Enchufa aquí mismo. Prepararé la proyectora... ¡Condenado sitio! No me acostumbro a trabajar en lugar tan reducido —rezongó Nick Miller, que era un joven pelirrojo de pupilas claras.

Nick vestía un mono de piloto de aviación, ajustado al cuerpo, pero desabrochado hasta medio pecho, por el que asomaba un jersey azul.

La cabina era pequeña, pero además estaba totalmente atestada de aparatos electrónicos para toda clase de comprobaciones y comunicaciones radiales.

—¿Crees que el cerebro de esa maestra puede sernos útil? —preguntó Nick, mientras colocaba sobre la mesita un complicado aparato que había sacado de un armario y lo enfocaba sobre una pequeña pantalla blanca.

—No lo sé. Busco indicios de hipnosis colectiva. En el subconsciente puede quedar grabado algo que el individuo no recuerda. Ferguss estudió estas peculiaridades.

—Bien... Ya está. ¿Apago la luz?

—Sí, apaga.

Al quedar a oscuras, en la pantalla pudieron ver unas sombras confusas.

Ajusta el enfoque, Nick.

Al aclararse la imagen, surgió como una bandada de niñas, superpuestas a cálculos y guarismos, tanto trazados sobre hojas de plástico como en el encerado de la escuela. La mente de Jelly Hill estaba siendo puesta al descubierto por medio de la grabación magneticomental.

También pudieron ver imágenes, casi siempre superpuestas y mezcladas con otras, de gentes que gesticulaban, hablando confusamente.

—No he hecho un trabajo muy perfecto... ¡Ése debe ser el recuerdo que Jelly tiene dé su padre! ¡Para ahí, Nick! ¡Selecciona ahora!... Así... Quieto un momento.

La imagen que estaban viendo ahora, detenida en el torbellino de las ideas grabadas, representaba a un hombre extraño, envuelto en un

ropaje antiguo, con el cabello revuelto y los brazos alzados ante una especie de ascua humeante.

—¿Quién es ese tipo? ¡Parece un hechicero!

Es el padre de Jelly. Al parecer, no se compenetran muy bien. A ese hombre le apasiona la alquimia y la magia negra. Posiblemente debe estar buscando alguna especie de piedra filosofal.

—¿Qué? —preguntó Nick.

—Bueno, una tontería de la Edad Media, trasplantada a nuestros días. Continuemos. Hemos de establecer los recuerdos de Jelly en época reciente, cuando desapareció Laura Bohmmer.

La pantalla siguió ofreciendo imágenes escolares. Apareció también una fiesta de fin de curso, en la que actuó una banda de música del Ejército, seguramente de la Base Espacial de Fort Summer.

Mientras examinaban la pantalla, no se dieron cuenta de que el avión había tomado tierra y que todo quedaba en silencio. Luego, la puerta de la cabina se abrió y Elly Grubber preguntó:

—¿Cómo va eso? ¿Habéis encontrado algo?

—No. Hay para rato. Dile a Bill que prepare el desayuno. ¿Dónde estamos?

—En un bosque. No es fácil que nos descubran, si no nos han visto tomar tierra. Hemos elegido un claro.

Elly Grubber se quedó allí un rato, viendo las imágenes confusas de la memoria de Jelly Hill, y luego se fue.

Al cabo de unos minutos se produjo la conmoción mental de Jelly. Ahora las impresiones eran más confusas. Surgió también la policía y Terry reconoció al sargento Newcombe.

—Estamos llegando, Nick... ¡Mira!

Nick no esperó que le dieran la voz de alto. Detuvo la máquina sobre una confusa y horrenda imagen verdosa, que asomaba detrás de un árbol. Había niñas por allí corriendo y gritando.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Nick.

—Lo que esperaba encontrar —masculló Terry entre dientes —. Jelly lo vio, pero su mente no lo registró. Se quedó grabado ahí, indeleble, sin memoria ni recuerdo. ¡Pero estaba!

—¡No he visto jamás nada igual! ¿No será pura imaginación de ella?

—No. Yo sí que he visto algo parecido en el clisé de una fotografía tomada en Francia, hace un año... ¡Es un ser procedente de otro planeta, que se mueve entre nosotros sin ser visto!

—¿Sin ser visto? ¡Jelly Hill lo vio!

—Lo ve todo el mundo. Pero la potencia hipnótica de su cerebro paraliza la reacción. Es un estímulo de hipnosis colectiva. Todo el que

esté dentro del alcance de su vista no podrá verlo, porque algo impide al ser humano analizar. Se le ve, pero es como si no se le pudiera ver. Hemos de hurgar en estos recuerdos… Observa que se perciben con toda nitidez. ¿Sabes a qué es debido eso?

—A que el recuerdo no tiene continuidad… Está frenado, retenido por algo.

—Exactamente, Nick. Estamos observando el subconsciente de Jelly Hill. Ella misma ni siquiera sabe lo que hay en su mente. Sus ojos lo vieron, pero su cerebro no lo analizó. Estaba «frenado».

Los dos hombres contemplaban la imagen del «monstruo» con ojos desorbitados, sin atreverse a reanudar la proyección.

—Si el sargento Newcombe viese esto, no lo creería.

—¿Qué hacemos?

—Investigar detenidamente esta secuencia, grabarla y llevársela al señor Colbett. Esta es la prueba que estábamos buscando.

—Pero esto no prueba nada. Cualquier científico te demostraría que Jelly Hill pudo haber imaginado ese monstruo.

—Todas estas niñas que aparecen aquí también lo vieron. Estaba allí. Hemos de establecer el día y la hora en que Jelly vio esto. Me juego la paga de un año a que ocurrió el mismo día en que desapareció Laura Bohmmer.

—¿Se la llevó eso?

—Seguro. Y a la vista de todas sus compañeras, haciéndolas creer que se había esfumado ante sus ojos. Laura Bohmmer no desapareció. Debió perder el conocimiento. El monstruo, «invisible» a todas las chicas, levantó del suelo a la pequeña y se la llevó, sin ser notado.

—¿Crees que puede estar viva aún?

—La muerte de Lisy Evans me hace suponer que sí. Si hubieran querido destruir a la niña, lo hubieran hecho.

—¿Y por qué han matado a Lisy?

—Tal vez ha averiguado algo.

—¿No te informó de todo lo que le dijeron los Bohmmer?

—Sí… Tal vez la policía me ha salvado la vida sin querer. Ya he pensado en todo eso, Nick. Nos encontramos ante el sorprendente caso de seres extraterrestres que se mueven entre nosotros sin ser vistos. Eso significa que nos están espiando y observando, y procuran no dejar huella de su paso. No quieren descubrirse. Tal vez nos temen, pero cometen errores increíbles que les delatan.

—Puede que no conozcan todos nuestros secretos.

—Lo que sí deduzco es que saben que hay medios para detectarlos. Tal vez el matrimonio Bohmmer ha encontrado la clave del misterio.

—¿Y por qué no los han secuestrado a ellos, en vez de llevarse a la

niña?

—No lo sé. Quizás porque no puedan entrar en la base. La valla está electrificada. Los planes de esa gente pueden estar trazados de modo distinto a como, pensamos nosotros.

—¿Seguimos buscando?

—Sí continuemos.

En sucesivas y confusas imágenes pudieron ver perfectamente cómo aquella especie de monstruo de luz verdosa y ojos enormes se llevaba el cuerpo de una niña vestida con una bata de color azul claro. La niña era Laura Bohmmer y parecía sin conocimiento. Los tentáculos de luz, o lo que fueran, sujetaban a Laura por el cuerpo, la pierna izquierda y el brazo derecho… ¡Y se alejaba hacia los árboles, arrastrando por tierra los otros tentáculos!

Jelly Hill lo vio y no pudo retenerlo más que en su subconsciente.

—Deben existir varios de estos monstruos por el mundo, Nick. Nuestra misión es encontrarlos a todos y destruirlos —murmuró Terry.

—¿Hablas en serio, Terry? ¿No es cosa del señor Henry?

Capítulo IV

El rápido viaje que Terry Chrishom realizó a Nueva York y la visita secreta al edificio de las Naciones Unidas, utilizando un ascensor sólo conocido por muy pocas personas y que terminaba en el despacho auxiliar del señor Henry Colbett, sirvió para que el propio Presidente de los Estados Unidos recibiera inmediatamente una copia del «Expediente 0130», con un informe personal y secreto del Secretario General.

Los consejeros de Estado se reunieron rápidamente y algunos tuvieron noticias, por vez primera, de la existencia de la «W.O.S.». Los acuerdos adoptados, y que se comunicaron a su vez al señor Colbett, fueron los siguientes:

—Los hombres de la *World Office of Security* llevarán la dirección del caso, esta vez como Agentes Especiales del Gobierno. Tienen facultad para actuar en todo el territorio nacional y colaborarán con las fuerzas de seguridad de todo el mundo, a cuyo fin recabaremos ayuda de los gobiernos respectivos.

»Que se estudie rápidamente lo que debemos hacer para atajar la amenaza. Nadie podrá, pues, oponerse a la acción inmediata de los agentes de la «W.O.S.» bajo severísimo castigo. Al mismo tiempo, rogamos, que se nos tenga informados de cuanto hagan o averigüen.

Terry recibió, con esta confirmación, un nombramiento especial que, como talismán mágico, le abriría todas las puertas de América y ponía a su servicio la policía y el ejército.

«Orden extraordinaria de la Presidencia de la Nación», encabezaba la autorización».

Sin embargo, no se sintió excesivamente halagado con el nombramiento. Sabía que lo más difícil de su misión empezaba en aquel momento. Y lo primero que hizo fue regresar a su oficina privada y reunir allí a los veinte agentes que el «W.O.S.» tenía en Nueva York, entre los que se encontraban sus más allegados colaboradores.

En la sala de juntas de su oficina de aspecto comercial empezó a discutirse el destino de la humanidad.

—Amigos míos —comenzó diciendo Terry—, hay seres extraterrestres a nuestro alrededor. Ni siquiera sabemos si están aquí, en esta misma sala. No podemos verlos.

Los no iniciados en la investigación del «Expediente 0130» miraron con suspicacia en torno suyo.

—Se nos ha encomendado oficialmente localizar y neutralizar ese

peligro. Por vez primera, vamos a actuar a cara descubierta, en colaboración con el Ejército y la policía. Nosotros llevaremos la dirección del caso y os puedo asegurar, de antemano, que no será fácil resolverlo.

»Los hechos son los siguientes. Al filósofo indio Naghtma Yhedir le fue sustraído el cerebro después de muerto. No se le hizo trepanación alguna.

«Sospecho que emplearon algún procedimiento extraño y que el objetivo pudo muy bien ser un intento para averiguar cómo es nuestra mente. Todos sabéis que Yhedir estaba considerado como un genio del pensamiento moderno.

»Por otra parte, y casualmente, un fotógrafo francés disparó su máquina en un accidente de tráfico y el clisé reveló algo que nadie había visto allí. Se trata de esto».

Terry abrió la carpeta que tenía ante sí e hizo pasar la fotografía de un extraño monstruo tentacular de color verdoso y ojos enormes y horribles.

Esto nos demuestra que esos seres existen y están mezclados con nosotros. Suponemos que emplean la hipnosis colectiva para hacerse invisibles. Esto quiere decir que emiten unas poderosas corrientes mentales dirigidas a todas las personas situadas dentro de su radio de acción. Nosotros los vemos, pero nuestro cerebro no registra la visión de ese extraño ser. Por eso os he dicho antes que pueden estar aquí, observando y escuchando todo lo que decimos.

—¡Eso es increíble! —dijo alguien.

—Parece increíble, Peter. Pero es tan real como nosotros —replicó Terry—. Y hay más referencias importantes que debemos conocer todos.

»En la Base Espacial de Fort Summer se ha logrado detectar un tipo de onda que se supone emitida, en una extraña frecuencia, por seres inteligentes que pueden estar situados fuera o dentro de nuestro planeta.

»Por esta razón, la hija del matrimonio Bohmmer ha sido secuestrada por esos monstruos. Ignoramos lo que han hecho o se proponen hacer con ella. Tal vez intenten hacer fracasar las experiencias que se están llevando a cabo.

»Lo ignoramos casi todo. Y sólo sabemos que están aquí, que no son como nosotros y que su poder es superior al nuestro.

»Creo que Lisy Evans ha sido asesinada por ellos. Debió de averiguar algo sin darse cuenta y por eso la han matado. Yo volveré con el equipo «D» a Fort Summer hoy mismo. Vosotros debéis organizar la búsqueda por todo el planeta».

—¿Y cómo vamos a localizarlos, si no podemos verlos?

—Buena pregunta Nick —contestó Terry— Es evidente que las cámaras fotográficas los descubren y también los ven nuestros ojos que son también máquinas fotográficas. Por tanto, creo que podemos conseguir cámaras y equipos de televisión que colocaremos en el interior de los automóviles.

»Puede ocurrir que la cámara los descubra o puede que, al percibirlos visualmente en la pantalla, podamos localizarlos, sin caer dentro del campo de acción de su hipnosis mental.

»Eso hay que verificarlo y no estoy seguro de que dé resultado. Lo ideal sería apresar vivo a uno de esos seres. En caso de no poder conseguirlo, me conformaré con atraparlo muerto».

—¿Disparamos sobre ellos? —preguntó un agente.

—Primero, se les dará el alto. Luego, fuego sin consideración. Ellos están haciendo algo. Este mundo es nuestro. Tenemos derecho a saber lo que se proponen, porque puede atentar contra la seguridad mundial.

«Ése es nuestro cometido. Ahora contamos con protección oficial y, por tanto, no hemos de utilizar nuestros habituales trucos para no complicar al señor Colbett en nuestras actividades. Las fuerzas de orden público y del ejército actuarán a nuestras órdenes. Todo cuanto hagáis o averigüéis deberéis comunicárselo a la Estación «D». Nick Miller me informará en el acto.

»Éste es el esquema de distribución. Lo he hecho muy rápidamente, porque no tenemos tiempo que perder. Os he señalado una zona a cada uno. Las más importantes. Iréis allí inmediatamente y os pondréis en contacto con las autoridades.

»Tú, Peter, irás a Chicago… McTuy, a San Francisco… Chenner, a Miami. Id equipados con radiocontrol, armas neutrónicas, cámaras de televisión o lo que se os ocurra. Si averiguáis algo, avisadme inmediatamente».

Los agentes del «W.O.S.» recibieron el plano de su zona de actuación y fueron saliendo de la sala de juntas. Terry tampoco se entretuvo mucho más. Impartió algunas instrucciones complementarias, y luego abandonó el lugar, con los componentes del equipo especial «D», del que faltaba la grata presencia de Lisy Evans, muerta posiblemente en acto de servicio.

* * *

El Departamento de Justicia había mandado ya un cable cifrado a las autoridades civiles de Fort Summer. Por su parte, el Pentágono

había enviado otro al general Arthur B. Cohen, jefe de la Base Espacial, informándole de la decisión presidencial respecto al «Expediente 0130» y de que la «W.O.S.» llevaría la iniciativa.

Por esta razón, el avión supersónico de Terry Chrishom tomó tierra en el aeródromo civil de Fort Summer y sus ocupantes fueron recibidos por el «sheriff» Suckling, al que acompañaba el sargento de detectives Newcombe, y por el coronel Coldwell, jefe de las fuerzas de Seguridad de la Base Espacial, acompañado de un cariacontecido capitán Robinson.

Terry los saludó a todos, presentó sus credenciales extraordinarias y dijo:

—No tenía más remedio que actuar como lo hice, Siento haberles dormido, capitán Robinson y sargento Newcombe. Era necesario regresar a Nueva York.

—Si usted nos hubiese dicho que... —empezó a decir Robinson.

—Lo siento. No podía. La «W.O.S.» ha sido hasta ahora una organización secreta, al servicio de las N.U., y nuestra responsabilidad era mucha.

—¿Qué es lo que ocurre, señor Chrishom? —preguntó el coronel Coldwell.

—Hay seres extraterrestres espiándonos... «Ojos del cielo», los llamo yo. Nos observan y nosotros no podemos verlos a ellos. Bueno, sí podemos verlos, si nos libramos de la hipnosis colectiva a que nos someten.

»El caso de la niña Laura Bohmmer lo hemos descubierto por una lógica deducción mía. Yo realicé una grabación mental de la memoria de Jelly Hill y pude obtener la imagen que ella vio, pero que su consciente no pudo sentir, por estar sometido a influjo magnético.

»Por favor, suban a bordo. Les mostraré todo lo que hemos averiguado».

Los representantes de la policía y el ejército acompañaron a Terry al interior del «jet» y penetraron en la pequeña cabina-laboratorio, donde el agente de la «W.O.S» les mostró la fotograbación de todos los documentos que tenía.

—Por cierto —dijo el sargento Newcombe—, la señorita Hill se ha marchado hoy mismo hacia Filadelfia.

Terry se sorprendió.

—¿Cómo es posible eso?

—Otra señorita se ha hecho cargo de la clase. Sospecho que la huida de usted debió de afectarla. La interrogamos y se puso muy nerviosa.

—Entiendo. Gracias, sargento. Trataré de verla más tarde. Ahora,

hemos de combinar una operación conjunta a fin de localizar a esos individuos. Es significativo que hayan raptado a Laura Bohmmer. Desde luego, debo saber exactamente lo que realiza el matrimonio Bohmmer en la base.

—Sí, naturalmente —declaró el coronel Coldwell—. Iremos allí cuando usted quiera. De todas maneras, parece ser que no progresan mucho. Antes de la desaparición de Laura, sus padres estaban cerca de una solución en la interpretación de las ondas ultrasensibles. Pero, quizás debido a la situación angustiosa en que viven, no han avanzado mucho más.

—¿Sabe usted si han tenido contacto los Bohmmer con gentes del exterior de la base? —preguntó Terry.

—No, que nosotros sepamos. Están estrechamente vigilados a todas horas. Sin embargo —añadió el coronel Coldwell, observando los preparativos de Terry para la proyección—, han podido captar algún mensaje en las mismas ondas ultrasensibles que están tratando de traducir y, quizá, por ello no progresan sus investigaciones.

—Yo hablaré con ellos —dijo Terry —. Ahora, fíjense bien en la proyección y verán a uno de esos seres extraterrestres extraído de la mente condicionada por la hipnosis colectiva de la señorita Jelly Hill.

El asombro de las autoridades de Fort Summer fue enorme al ver lo que Terry Chirshom había averiguado ya.

Se hicieron comentarios de toda índole, incluso cuando Terry les mostró una copia del clisé fotografiado de Marcel Diterand.

—¿Y cómo vamos a combatir a esos intrusos, en caso de poder localizarlos? —preguntó el capitán Robinson.

—No lo sé. Y tampoco quiero ocultarles el gran riesgo que corremos todos los que estamos metidos en esto —respondió Terry—. Mi sospecha es que Lisy Evans fue asesinada por uno de esos monstruos.

—¡El cadáver no ofrecía muestra alguna de violencia! — contestó el sargento Newcombe—. El forense ha certificado muerte natural, por colapso cardíaco.

—Hay que examinar su cerebro. Me duele mucho decir esto porque estimaba muchísimo a Lisy —agregó Terry—; esa chica disfrutaba de una salud excelente. Esta es, pues, la situación. Podemos ser atacados y muertos. Ignoramos lo que se proponen esos seres y de dónde vienen.

»El Presidente me ha conferido plenos poderes y exijo que se cumplan estrictamente todas mis instrucciones».

—Estamos a su entera disposición, señor Chrishom —replicó el coronel Coldwell.

—De acuerdo, caballeros. Nos pondremos a trabajar inmediatamente. Aparte de la vigilancia exterior, a base de cámaras de televisión y controles a distancia, hemos de tomar todas las fotografías que podamos de la ciudad. Está demostrado que ellos no pueden hipnotizar un clisé fotográfico.

—Daré órdenes al respecto a todos mis hombres — dijo el «sheriff» Suckling—. ¿Y en el resto del país?

—Todo está advertido. Tenemos ya numerosos agentes de la «W.O.S.» colaborando con las autoridades. Yo he venido directamente aquí, con mi equipo más allegado, porque éste es el lugar donde tenemos la evidencia más reciente de la presencia de esos seres.

—Dígame una cosa, señor Chrishom —habló el sargento Newcombe—. Pueden estar viéndonos y escuchándonos, ¿verdad?

—Pueden estar en cualquier parte. Si encuentran ustedes el modo de detectarlos, deben decírmelo.

—Comprendo. Debemos evitar que cunda el pánico.

—¡Eso es estrictamente necesario! —casi gritó Terry—. Si nuestras gestiones transcienden al público y la gente se entera, el pánico será catastrófico. No quiero ni pensar en lo que puede ocurrir si se divulga la noticia.

—¿Son muchos? —quiso saber el coronel Coldwell.

—No tenemos la más mínima idea. Pueden ser uno, diez, cien o mil. Sabemos que han podido estar en Calcuta, que han estado en París y que han estado o están todavía aquí.

»Bien. Eso es todo. Ahora, les acompañaré a la base. Me interesa conocer el lugar donde trabajan los esposos Bohmmer.

* * *

Margaret Bohmmer estaba tomando una taza de café, sentada en una butaca, cuando Terry, el capitán Robinson y Bill Bohmmer entraron en el salón.

—Mi esposa... El señor Terence Chrishom, de una agencia especial que trabaja para el gobierno.

Muy grave, la señora Bohmmer dejó su taza en la mesita y dijo:

—No tengo nada que decir. Sólo quiero que me devuelvan a mi hija y no me hagan tantas preguntas.

—Lo siento muchísimo, señora Bohmmer. Intentamos averiguar lo ocurrido. Y, prácticamente, ya lo sabemos. Pero ignoramos dónde está su pequeña.

¡Mi hija está viva! ¡Tienen ustedes que encontrarla! —gritó Margaret Bohmmer llevándose las manos a la cabeza y poniéndose en

pie.

—Por favor, Maggy. Todos tratan de ayudarnos.

—¡No pueden hacer nada y tú lo sabes, Bill!

Esta confesión de la mujer hizo que Terry mirase a Bill Bohmmer.

—¿Qué es lo que sabe usted, ingeniero Bohmmer?

—¡No se lo digas o perderemos a Laury!

—No sé nada… Les aseguro que no sé nada.

—Comprendo —dijo Terry, abriendo la cartera de mano para sacar una serie de fotografías en color—. Vean esto… Es una imagen mental de alguien que presenció el secuestro de su hija.

Bill Bohmmer tomó la fotografía casi con avidez. Allí podía verse con bastante nitidez al «espía de Glatk», envuelto en su luminiscencia verdosa, llevándose entre sus tentáculos a la figura de una niña con bata azul. Otras niñas invadían el terreno de juego y nadie miraba al horrible monstruo.

—¿Es nuestra hija? —preguntó Bill Bohmmer, con voz trémula.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer, tornándose pálida.

—Sí, lo es.

Margaret Bohmmer emitió un jadeo y se desmayó. Su esposo y Terry la sostuvieron rápidamente, y en seguida la tendieron en el sofá.

—¡No se preocupe… Es sólo un desmayo…! ¡Traiga usted unas sales; capitán Robinson!

—Sí —contestó el oficial de seguridad. Corrió rápidamente hacia la puerta y salió.

—No supuse que serían así… ¡Mi hijita puede estar muerta de terror, en poder de esos seres!

—Usted sabe algo, señor Bohmmer. Le aconsejo que me lo diga.

—No puedo… La matarían y nos matarían a nosotros también… Ellos pueden hacerlo…

—¿Ha hablado usted con ellos por radio?

Bill Bohmmer asintió levemente.

—Nos enviaron un mensaje en nuestra propia lengua… Hablan igual que usted y que yo. No quieren hacernos daño, a menos que dejemos de interceptarlos… Me dijeron que me devolverían a Laury… ¡Oh, no puedo hablar! ¡No puedo decirle a usted nada! ¡No me importa nada lo que ocurra; sólo quiero salvar a mi hija!

El capitán Robinson regresó en aquel momento con un frasco de sales. El mismo lo destapó y se lo dio a oler a la señora Bohmmer, quien se recuperó en breves momentos, para mirar extrañada en tomo suyo y luego echarse a llorar, a la vez que se abrazaba a su marido.

—He sido un poco rudo —dijo Terry, al oído del capitán Robinson, mirando de soslayo a la pareja—. Pero era necesario. Ahora puede

usted regresar a su oficina, capitán. Yo me quedaré aquí un rato con ellos. Tal vez, sin la presencia de usted, consiga que me cuenten algo.

Robinson frunció el ceño, pero se retiró. Sabía que Terry tenía autoridad para hacer lo que quisiera, dentro y fuera de la Base Espacial.

—Le veré luego, señor Chrishom.

Robinson se retiró y Terry se sentó, aguardando a que pasara la crisis de la señora Bohmmer. Fue ella, precisamente, la que, después de secarse los ojos, miró a Terry y murmuró:

—Le ruego que me disculpe, señor Chrishom... ¡Es aterrador!

—Debe usted saber que pueden existir muchos de esos seres rodeándonos. Ustedes han debido captar la frecuencia de onda en que ellos transmiten. Eso les puede perjudicar, porque si los interceptamos de algún modo quedarán desconectados.

—¡Pero Laury morirá!

—¡Y todos nosotros podemos morir! Mi ayudante, la señorita Lisy Evans, también ha sido asesinada, porque debió intuir o averiguar algo. Estamos en poder de seres extraños, cuyos planes desconocemos. Nos encontramos indefensos y hemos de hacer algo, no por su hija, sino por ustedes, por mí, por toda la humanidad en peligro —Terry hablaba con energía y firmeza—-. Éste no es momento para egoísmos personales. El peligro existe. Ustedes pueden ayudarme y ayudarse al mismo tiempo... Y si hemos de morir, ¡que sea lo que Dios quiera! Pero la alarma está dada. Todo el mundo vigila ya. Millares de agentes de seguridad velan para que los intrusos no puedan causamos daño. Tenemos la ineludible necesidad de defendemos...

—El señor Chrishom tiene razón, Maggy. Mi conciencia me dice que debemos ayudarle y así nos ayudaremos.

Capítulo V

El laboratorio estaba desierto en aquel momento El personal técnico se había retirado y todas las máquinas permanecían silenciosas. Era un lugar impresionante, moderno, donde se habían instalado los aparatos electrónicos más avanzados de la técnica del momento.

En el centro estaba el control radial, en forma de campana de vidrio, con un tablero circular, donde se situaban los ingenieros para dirigir y controlar las comunicaciones con las naves del espacio. Las conexiones con varias bases espaciales se hacían también desde allí.

En aquellos momentos, aunque numerosas astronaves se encontraban surcando los espacios siderales, la Base Espacial de Fort Summer no tenía conexión con ellas y eran dirigidas por otras bases más antiguas, como la de Tule, en Groenlandia, que era un control conjunto soviético-norteamericano.

—¿No hay nadie aquí? —preguntó Terry, dejando resbalar la mirada por aquella nave llena de máquinas de comunicación electrónica.

—No. Ahora descansan los técnicos. Anoche tuvimos que efectuar un radiosondeo y trabajamos todos hasta muy tarde.

—¿Quién es el jefe de comunicaciones?

—El ingeniero Mark D. Fitzroy. Ha salido esta mañana hacia Cabo Cañaveral. Volverá mañana. Pero nosotros trabajamos independientemente de él y su equipo —dijo Bill Bohmmer—. Nuestra «caja» es aquélla… Venga usted por aquí.

Margaret Bohmmer caminaba como un autómata junto a ellos.

Cruzaron la nave y abrieron una puerta de cristal, encontrándose en el laboratorio de radiocomunicaciones ultrasensibles anexo al control general.

—¿Cree usted poder establecer contacto con ellos? —preguntó Terry.

—Tenemos su frecuencia de onda. Podrán oímos. No sé si querrán hablar con usted.

—Hemos de intentarlo. ¿No les han dicho a ustedes lo que se proponen?

—Sólo hemos hablado con ellos en dos ocasiones —intervino Margaret Bohmmer—. Una, cuando nos dijeron que nuestra hija estaba en su poder, en un lugar que no encontraríamos nunca, pero que no debíamos temer nada si dejábamos de interferir sus comunicaciones. Y la segunda, cuando yo les supliqué una noche que

me devolvieran a Laury.

—¿Qué le contestaron?

—Me dijeron que pronto la vería de nuevo, que estaba viva y en perfecto estado de salud.

—¿Nada más?

—No. Insistieron en que no debíamos decir nada a nadie, y menos tratar de interpretar o traducir sus mensajes.

—Entiendo —dijo Terry—. Ahora, por favor, hagan la llamada. Yo les hablaré.

El matrimonio Bohmmer se sentó ante los mandos de la compleja emisora y pronto empezaron a zumbar las lámparas de germanio, se encendieron los tubos catódicos y todo pareció cobrar vida.

A los pocos minutos, la voz trémula de Bill Bohmmer habló ante uno de los micrófonos.

—Por favor, soy el ingeniero William Bohmmer, de la Base Espacial de Font Summer. Tengo un mensaje importante que comunicarles... ¿Puede oírme alguno de ustedes?

Pasaron varios minutos. Terry se inclinó sobre el hombro del ingeniero, casi conteniendo el aliento, a la espera de la respuesta que no llegaba.

—Hábleles otra vez —suplicó Terry.

Bohmmer repitió su llamada varias veces más, hasta que, al fin, una voz extraña, casi gutural, hizo vibrar el filtro sonoro de un altavoz, al decir:

—Le oigo, ingeniero Bohmmer Y le recuerdo que no debía usted interferir nuestras comunicaciones o su hija sufrirá una muerte muy triste.

—¡Nooo! —gritó Margaret Bohmmer desesperadamente—. ¡Tengan piedad de esta pobre madre! ¡Hagan conmigo lo que quieran, pero dejen vivir a mi hija!

—Por favor, señora Bohmmer —habló Terry en tono tenso—. Escúchenme, soy el oficial Terence Chrishom, de la *World Office of Security*. Les hablo en representación del presidente de los Estados Unidos. Tengo que hacerles una proposición. ¿Me escuchan, quienesquiera que sean y dondequiera que estén?

—Le escucho, señor Chrishom. Le conocemos a usted muy bien —replicó la voz gutural—. Puedo asegurarle que, si no deja usted de trabajar en contra nuestra, sus días están contados.

—Nadie puede pensar que obro mal tratando de defender a mi raza. Yo no quiero causarles daño. Sólo deseo que ustedes no nos lo causen a nosotros. Creo que podemos entendernos sin necesidad de recurrir a la violencia o al asesinato.

—Nosotros no somos asesinos, señor Chrishom.

—¡Ustedes han matado a Lisy Evans!

—Eso no es cierto. Su compañera no está muerta. Deben saberlo. Se encuentra en estado de vida suspendida. Pero mucho nos tememos que ustedes la hayan matado al practicarle la autopsia.

Un sudor frío se apoderó de Terry al escuchar estas palabras.

—Nosotros no hemos matado a nadie. La vida no la debemos quitar a nadie, porque no nos pertenece.

—¿Qué es lo que hacen ustedes en nuestro mundo?

—¿Y qué hacen ustedes en otros mundos que no son suyos? —replicó la voz—. Si nos atenemos a eso, tanto derecho nos corresponde a nosotros para estar aquí, en la Tierra, como a ustedes a habitar y tratar de colonizar la Luna, que es un planeta muerto y sin vida.

»Pero no puedo discutir, y menos revelar a usted quiénes somos y cuál es nuestro propósito. Temíamos que llegaran ustedes hasta los esposos Bohmmer y consiguieran hacerles hablar. Hemos errado y esto nos obligará a actuar contra usted y contra ellos.

—¡Es inútil! — exclamó Terry.

—Conocemos sobradamente sus intenciones y actuaciones, señor Chrishom. Sabemos que es usted sagaz y temerario y ha llegado a inquietamos. Pero, afortunadamente, cada día sabemos más cosas de ustedes y nos damos cuenta de sus limitadas posibilidades.

«Hemos de tomar medidas contra sus agentes para evitar la persecución. Nosotros lo sabemos todo de ustedes, mientras que ustedes lo ignoran todo de nosotros.

—Escuche —Terry habló con entereza—. Desde luego, ignoramos el fin que persiguen ustedes. Y por eso tratamos de averiguarlo. Nuestra seguridad puede estar en peligro. Ustedes debían ponerse en contacto con nuestras autoridades y exponer sus pretensiones sin llegar a soluciones irremediables.

—Nosotros ignorábamos en qué mundo nos encontrábamos. Necesitábamos la seguridad de que no seríamos aniquilados. Teníamos que conocerles bien antes de poner en práctica nuestros planes. Somos una raza mucho más inteligente y más antigua que la de ustedes. Teníamos que informarnos bien de cómo son los habitantes de la Tierra.

«Ahora lo sabemos y no podemos pactar con ustedes. Cuando llegue el momento, sabrán quiénes somos y lo que pretendemos. Mientras tanto, no podemos hacer ni decir nada más. Por su bien, señor Chrishom, renuncie a perseguirnos y a destruirnos, porque no lo conseguirá jamás… ¡Y lo único que obtendrá será su propia destrucción!

«Ahora mismo, y para que no pueda volver a interferimos, va usted a ver lo que ocurre… Esto es sólo una muestra de nuestro poder mental… Retírense, por favor.

Nada más salidas del altavoz estas palabras, se produjo una fuerte explosión en el núcleo de la máquina de comunicaciones ultrasensibles, de la que surgieron numerosas chispas y un chorro de humo.

Tanto Terry como los esposos Bohmmer tuvieron que abandonar rápidamente el laboratorio, por temor a sufrir daño. Fue Bill Bohmmer quien corrió hacia un avisador de alarma, mientras que Terry sostenía a la señora Bohmmer, que gritaba:

—¡Ya no veré más a mi hija! ¡No volveré a verla!

—¡Tranquilícese, por favor! ¡Ahora sabemos que no quieren hacerle ningún daño!

Los bomberos de la base acudieron rápidamente y pronto sofocaron el incendio del laboratorio. También llegó el capitán Robinson, jadeante, y poco después lo hacía el propio general Arthur B. Cohen, jefe de la base, acompañado por el coronel Coldwell.

—¿Qué ha ocurrido, señor Chrishom? —preguntó el coronel.

—Han hecho un destrozo en el laboratorio. No sé cómo han podido conseguirlo. Pero la radio ha quedado inutilizada. No culpen ustedes a los esposos Bohmmer. Ellos han actuado de acuerdo con su conciencia de padres. Cualquiera de nosotros, en su lugar, hubiera hecho lo mismo.

—¿Ha establecido usted comunicación directa con esos monstruos? —preguntó el general Cohen.

—Sí, mi general. Y he hablado con uno de ellos. Ya sé a qué atenerme. Debo informar inmediatamente a Washington y luego tratar de que la señorita Evans se recupere, pues, según me han dicho, no está muerta, sino en estado de vida suspendida. Pero me temo que el forense haya cometido un terrible error, que debemos reparar cuanto antes.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el coronel Coldwell, aterrado.

—Lo siento. No puedo perder ni un minuto. Desde luego, hay que vigilar estrechamente a los Bohmmer y no dejarles solos ni un instante. Métanse, incluso, en la cama con ellos, rodéenles de agentes de seguridad…

»Esas dos personas son imprescindibles para establecer un nuevo contacto con los monstruos del cielo desde otra comunicadora.

* * *

¿Autopsia? ¿Qué quiere usted decir? — gritó el forense, desconcertado—. ¿Cree usted que estamos en la Edad Media? ¡Ahora no es necesario abrir un cadáver para certificar la causa de su muerte! Un coágulo de sangre y un miligramo de segregación salival son suficientes… ¡Yo soy un médico moderno!

—Perdone… Tengo entendido que la práctica de la autopsia se realiza extrayendo ciertas muestras de tejidos del difunto. Al menos, así se hace en el Instituto Anatómico Forense de Nueva York.

—¡Se hacía, señor Chrishom! —gritó el doctor Perry, con gran regocijo de Terry—. El público todavía sigue creyendo eso. Nosotros sabemos del cuerpo humano mucho más de lo que sabían nuestros padres, y aunque yo sea un médico rural he estudiado en las mejores Facultades del país.

»Nada de eso, señor mío. El cadáver de Elisabeth Evans está completamente muerto y debe ser enterrado hoy mismo. No ha sido abierto ni hemos desgarrado ninguna de sus vísceras vitales. Pero jamás volverá a la vida.

—De todas formas, quiero que se conserve en el hospital en las mismas condiciones que si hubiese sufrido un ataque de catalepsia — ordenó Perry.

—¿Pretende usted saber más que yo de Medicina?

—Ni mucho menos, señor Perry; ni mucho menos. Tengo mis motivos para decirle eso.

—¡Pues un cadáver no puede permanecer más de cuarenta y ocho horas sin ser inhumado o incinerado!

—Asumo la responsabilidad de todo —dijo Terry, volviéndose al sargento Newcombe, que escuchaba impasible la discusión—. Dígaselo usted, sargento.

—El señor Chrishom está aquí actuando como agente especial del presidente de los Estados Unidos.

—¡Esto es absurdo! —gritó el galeno, desconcertado—. ¿Es que se han vuelto locos en Washington?

—Nada de eso. Pero no le puedo dar más explicaciones. Le repito que asumo la responsabilidad de todo.

—Además, el rigor mortis atestigua mi aserto. Elisabeth Evans sufrió un colapso cardíaco y murió súbitamente.

—Puede que dentro de algún tiempo sea necesario dar sepultura al cadáver —replicó Terry secamente—. Pero, mientras no realice yo una importante gestión, nadie tocará ese cuerpo. ¿Me ha comprendido usted, doctor Perry?

—Puedo recurrir a Departamento de Sanidad.

—¡Hágalo y le haré detener hasta que Lisy Evans vuelva a la vida!

El doctor Perry se llevó las manos a la cabeza y dio media vuelta, saliendo del despacho de Newcombe a toda prisa.

* * *

—¿Qué es lo que ocurre, señor Chrishom? —preguntó el sargento de detectives.

—¡Eso quisiera saber yo! He vuelto a hablar con el presidente Flint y todos los gobiernos del mundo están informados. Me ha dicho que siga adelante hasta el fin, porque no podemos hacer otra cosa; pero estoy desconcertado y no sé por dónde atacar, ni siquiera si es conveniente atacar.

—¿A quién? Se están registrando todos los alrededores y deteniendo a todos los sospechosos que se encuentran. Pero ni siquiera sabemos lo que buscamos... ¡Sólo me envían kilómetros de película para revelar en el laboratorio! Y los coches, provistos de cámaras de televisión, no cesan de dar vueltas por toda la ciudad, carreteras adyacentes y sitios públicos.

Una llamada a la puerta interrumpió a Newcombe.

—Adelante.

Apareció el agente de la «W. O S.», Bob Stock.

—Una llamada de Nick Miller, Terry. Es urgente.

—Aguarde un momento, sargento.

Terry salió del despacho y se dirigió a la calle, donde estaba estacionado un moderno autobólido, de techo bajo y color azul claro. Penetró en el-vehículo y lo puso en marcha, mientras pulsaba un botón de la radio que había en el tablero.

Cuando el vehículo iba lanzado a más de cien por hora, por la autopista central de Nuevo Méjico, Terry habló:

—Aquí Terry. ¿Qué ocurre, Nick?

—Un informe de David Grant. Dice que Jelly Hill ha llegado a Camden, pero se niega a regresar a Fort Summer.

—Comunícame con Grant, Nick.

—O.K., jefe.

Se oyó un chasquido en la radio y otra vez llegó claramente a oídos de Terry, quien devoraba kilómetros a una velocidad escalofriante.

—¿Eres tú, David?

—Sí, Terry.

—¿Has cumplido todas mis órdenes?

—Sí.

—¿Qué dirección llevas?

—La brújula marca al oeste.

—¿Y tu velocidad?

—Ciento doce millas.

—Bueno, David. Ya puedes hablar. No creo que nadie pueda escucharnos ahora. ¿Qué te ha dicho Jelly, Hill?

—No quiere saber nada contigo. Dice que te burlaste de ella y que eres un criminal.

—Bueno. Quiero que la traigas aquí, David. Ve a buscarla, anestésiala, métela en un «jet» y tráemela antes del anochecer. ¿Has comprendido?

—Perfectamente.

—Entonces, corto. Adiós, David.

—Adiós, Terry.

Al cortar la transmisión, Terry aminoró la velocidad y fue a detenerse a media milla, para permitir que un motorista de tráfico le diera alcance.

—¿Tenía usted mucha prisa? —preguntó el agente, empezando a sacar su bloc.

—No, ninguna —contestó Terry—. Estaba hablando por radio.

—¿A ciento veinte millas por hora? ¡Una radio no es capaz de sintonizar perfectamente a esa velocidad con válvulas de titanio!

Terry sonrió a la vez que sacaba sus credenciales.

—Diríase que retrocedemos en vez de progresar, agente. Puedo asegurarle que son trucos de la electrónica. Hacía años, un avión en vuelo podía comunicar con otro, también en vuelo, marchando en direcciones distintas. Ahora existen demasiadas ondas hertzianas surcando el Cosmos... Tenga, lea esto y evítese trabajo... Le permito acompañarme a la estación de policía de Fort Summer.

—¿Qué significa esto, señor? — el agente se sorprendió al ver las credenciales de Terry.

—Significa que está usted hablando con un representante del presidente de los Estados Unidos, y que el sheriff Suckling está a mis órdenes Vamos a Fort Summer. Allí podrá comprobarlo.

A su regreso a la ciudad, Terry se encontró con una terrible noticia, que le fue comunicada de modo casi histérico por el sargento Newcombe.

—¡Venga usted conmigo, señor Chrishom! ¡Acaban de comunicarnos que han encontrado el cadáver de la niña Laura Bohmmer, en una granja abandonada, a quince millas de aquí!

Terry quedó como convertido en estatua.

—No... ¡No puede ser!

—Han hallado también vestigios extraños, como si hubiesen vivido

allí gentes de otro mundo.

—¿Se lo han dicho al matrimonio Bohmmer?

—No. Me lo acaban de comunicar hace un instante. Uno de los grupos de vigilancia aérea vio la granja y descendió a echar un vistazo. Encontró a la pequeña en una habitación, tendida en un lecho. Pero han visto cosas muy extrañas.

—¿Cómo qué? — preguntó Terry, inquieto.

—Algo como restos de piel humana, gruesa… No se han explicado muy bien. Han dicho algo de disfraces de hombres desnudos.

—¡Vamos allí inmediatamente!

Salieron y subieron a un vehículo aeroterrestre, que despegó del suelo en las afueras de la población, para remontarse en el aire una vez desplegadas sus cortas alas.

El sargento Newcombe dirigió su aparato hacía el sur. En pocos minutos avistaron la granja y los agentes en torno a otro «aerocar», junto al que se posaron.

Entonces fue la primera vez que Terry Chrishom descubrió la piel artificial de los seres humanos. Era algo así como un «mono», imitación carne, con cabeza, tronco, brazos y piernas, ¡pero abierta!, como preparada para cubrir a alguien.

Y vio también, en un pequeño cuarto sin ventana, el cuerpo rígido de Laura Bohmmer, mostrando rasgos inconfundibles de defunción.

—¡No puede estar muerta! ¡No puede ser! ¡Sé que no está muerta!

Diciendo esto, Terry se abalanzó sobre la pequeña de la bata azul, anegados sus ojos en lágrimas.

Capítulo VI

Jelly Hill abrió los ojos y vio ante sí a un elegante Terry Chrishom. Se encontraban en el apartamento de ella Era de noche y la luz interior estaba mitigada, reducida a una suave semipenumbra.

—¿Cómo...? ¿Qué me ha sucedido?

—Hola, querida Jelly.

—¿Qué haces aquí?

Estaba contemplándote —dijo él, extendiendo amorosamente las manos hacia ella, con una, amplia sonrisa en sus labios.

—¡Vino a verme un hombre de parte tuya! ¡Yo estaba en casa de mi padre! ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te han traído en un «jet», querida.

—¡No tienes derecho a...! ¡La policía me dijo que habías asesinado a una mujer! —Jelly se puso súbitamente en pie y rechazó a Terry—. ¡Apártate de mí! ¡Me has mentido! ¡No eres inspector del Instituto de Enseñanza!

—No, es cierto. Te mentí. Pertenezco a la Oficina Mundial de Seguridad de las Naciones Unidas. Llegué aquí a investigar la desaparición de Laura Bohmmer.

—¡Te escapaste de la policía!

—Sí. Es cierto. ¿Por qué te fuiste tú?

—¡Oh, Terry! ¿Qué es lo que ocurre?

—Siéntate y te lo explicaré todo. Ahora puedo hacerlo. El otro día no me era posible. Toma, examina este documento, firmado por el propio presidente Flint. Ahora, toda la policía y el Ejército de la nación están a mis órdenes. Colaboramos también con los gobiernos del resto del mundo.

—Pero... ¿qué es lo que sucede? ¡No entiendo absolutamente nada!

Él se sentó al lado de la joven, en el sofá elástico, y la sujetó por los hombros.

—Estamos viviendo algo así como una alucinación, Jelly. Seres horrendos, procedentes de algún lugar del espacio, nos han invadido. Están rodeándonos, pero no podemos verlos

—¡No! ¡Eso es imposible!

—Es realidad, Jelly. Tú misma los has visto.

—¿Yo...?

—Sí. Los has visto y han quedado grabados en tu mente. Fue cuando desapareció Laura Bohmmer, en el patio de la escuela. Pero tu cerebro no asoció la visión con la comprensión. El ser extraterrestre te estaba hipnotizando. Por eso os hizo creer que Laura había

desaparecido, pero no era cierto, porque, en tu mente está la verdad, retenida por la memoria que aquel ser «frenó».

—No... No puedo creerlo.

—Es cierto. Puedo presentarlo pruebas. Yo mismo he hablado hoy con ellos a través de una emisora de radio ultrasensible de la Base Espacial. El matrimonio Bohmmer logró descubrir la onda por la que se comunican entre sí esos seres. Pudieron eliminarlos, pero no lo hicieron. Seguramente temían que otros ingenieros continuasen su trabajo y cundiera la alarma.

»Lo que hicieron fue raptar a Laura Bohmmer y amenazar a sus padres con matarla si decían algo acerca de ellos. Al fin, los Bohmmer me lo confesaron todo. Pero hoy hemos encontrado a Laura, en estado de muerte aparente o de vida suspendida.

—¿Cómo?

—No sabemos de qué se trata. Abrigo la esperanza de que Laura Bohmmer y Lisy Evans no estén muertas. Pero no hay modo alguno de reanimarlas. Incluso sus cerebros están paralizados.

—¿Por qué crees que están vivas las dos?

—Porque me lo dijo uno de esos seres cuando hablé con él por radio.

—¿Qué es lo que pretenden? —inquirió Jelly.

—No lo sé. Yo creía que trataban de conocernos. Es lógico. Han venido a la Tierra, no sabemos cómo, pero los tenemos aquí. Sabemos que han estado investigando en todas partes del planeta. Quizá sepan ya todo lo que deseaban y se marchen. O bien hayan decidido invadirnos y someternos a su voluntad.

En aquel momento zumbó un timbre en el fonovisor, a la vez que se encendía la luz roja de llamada preferente. Terry, creyendo que le llamaban a él, se levantó, fue al aparato y lo conectó, encontrándose con la imagen de un rostro desconocido, pero vagamente familiar. Ni siquiera los cabellos largos y revueltos y la mirada incendiaria del hombre le hizo pensar en el padre de Jelly.

—¿Quién es usted? —preguntó Abraham Hill, haciendo aspavientos con las manos—. ¿Dónde está mi hija?

—¡Ah, perdone, señor Hill! ¡Está aquí!

Jelly se acercó a la pantalla del fono visor y Terry se apartó.

—¿Por qué te has ido, Jelly? —gritó el hombre.

—Bueno, papá... —Jelly vaciló.

—¿Quién es ese joven que está contigo?

—Terry Chrishom, un amigo.

—¡No has debido hacerlo, Jelly! Si al fin te habías decidido a venir a verme, ¿por qué no te has quedado unos días?

—Lo siento, señor Hill. Ha sido culpa mía. Yo he ordenado traerla. Estoy encargado de una investigación, y su hija es un testigo importante Se fue sin nuestra autorización.

—¡Podías habérmelo dicho! Bueno… ¡Ah, sólo tengo una hija y los disgustos que me da! Mucho gusto en conocerle, joven. Puede usted venir por casa cuando quiera. Será bien recibido. Me gusta su aspecto… Hace buena pareja con Jelly. ¿Son amigos, o novios? No tengo inconveniente en que se case usted con ella. Y no se preocupe por nada más. Si no tiene dinero, yo se lo daré. Cuando yo muera, Jelly heredará una fortuna.

Terry sonrió ante el parloteo del «mago».

—No hemos hablado de matrimonio, señor Hill.

—Bueno, allá usted. Pero eso de estar con una chica a estas horas en su apartamento… no me gusta. Si fuese otra chica, no diría nada. Pero Jelly es mi hija… ¡Y no le haga usted una mala pasada o le hechizaré, amigo!

—Descuide, señor Hill.

—¡Por Dios, papá! ¡Estás haciendo el ridículo!

—Sí, Jelly. Ya sé cómo piensas. Y aunque tú sí que me importas, me tiene completamente sin cuidado lo que digan los demás. ¿No piensa usted así, señor Chrishom?

—Bueno… en parte, sí.

—¡Por favor, papá, corta ya la comunicación o te cobrarán mil dólares por la llamada!

—¿Y qué son mil dólares para mí, hijita? ¿Para qué tengo el dinero pudriéndose en todos los bancos de Camden? ¡Bah! Si mi hija no quiere vivir conmigo, porque dice que estoy chiflado, me gastaré el dinero en llamarla por este invento del diablo que es la fonovisión cromática… ¡Qué chifladuras de los tiempos modernos! Yo no necesito estos aparatos electrónicos para hablar a las gentes del ayer o del mañana.

Terry sonrió. La revuelta cabeza del aficionado a la alquimia parecía la de un orador exaltado, predicando una doctrina revolucionaria. Pero su aspecto le resultaba simpático.

—¿Se ríe usted, señor Chrishom? No se ría, se lo ruego. Le estoy diciendo la verdad. Incluso a través de esta pantalla puedo hacer que hable usted con los que se han ido… ¿No tiene algún bisabuelo al que desee ver?

—¡Papá, o cortas la comunicación, o la corto yo!

—Por favor, Jelly. Es tu padre. Déjale —dijo Terry en tono conciliador—. Creo que tu padre puede hacer lo que dice.

—¿Tú también le crees? —preguntó Jelly, volviéndose a mirarle.

—¿Y por qué no? Yo puedo hacer hablar a mucha gente ya desaparecida… Siempre y cuando hayan dejado alguna película filmada de su vida.

El semblante de Abraham Hill se nubló en la pantalla.

—Bueno. Todos los jóvenes son iguales… Adiós, señor Chrishom. Mucho gusto en conocerle. Espero que vengas otra vez con más tiempo a ver a tu padre, Jelly.

—Te lo prometo, papá. Adiós.

* * *

—¡Ocho muertos, señor Chrishom! —gritó la voz del capitán Robinson—. ¡El matrimonio Bohmmer y seis de mis hombres! ¡Es algo espantoso de verdad!

Terry palideció y miró a Jack Preston, que se encontraba en el despacho que el sheriff Suckling les había cedido en el puesto de policía.

—¡Horrible! —masculló Preston—. ¿Vamos allá?

—Id tú y Elly. Yo me quedaré aquí. He de encontrar una solución o sucederá una catástrofe.

Preston abandonó el despacho dejando solo a su jefe y amigo.

Ahora se estaba dando cuenta Terry de que los seres del cielo, aquellos ojos enormes, tenían un definido propósito, un fin establecido y premeditado que consistía en eliminar, por medio de la vida suspendida, a todo el que se interpusiera en su camino.

Aquélla era su tragedia. ¿Esteban muertos, o no? ¿Era cierto lo que le dijeron por radio? ¿Vivían Lisy Evans y Laura Bohmmer, o estaban muertas? ¿Cómo saberlo?

Ante aquel terrible dilema, sin saber qué camino tomar ni qué hacer, Terry quiso consultar con Nueva York. Pensó en llamar al secretario general para informarle y, de paso, averiguar si en algún otro país del mundo se había descubierto algo.

Pero cuando alargaba la mano para llamar a Nick, que estaba de guardia en el «jet», se produjo una llamada en la puerta.

—Sí, pase.

Apareció el capitán Robinson y Terry arqueó las cejas.

—¿Usted? ¿No me ha llamado desde la base?

El oficial avanzó hacia la mesa y se detuvo, mirando fijamente a Terry, quien sintió como un ligero mareo, comprendiendo en el acto que estaba siendo objeto de hipnosis, ¡porque el capitán Robinson no podía estar en dos sitios a la vez!

—¿Quién es… usted? ¡Es uno de ellos!

—Usted lo ha dicho —habló el aparente «capitán Robinson» con voz un tanto gutural, pero sin mover siquiera los labios, como si estuviese hablando con la mente—. Soy un enviado de Glatk... No puede usted resistirse a mi influencia mental... Le tengo dominado por completo.

—¿Ha venido a matarme?

—No. He venido a darle órdenes, y usted las cumplirá.

Terry intentó sustraerse al influjo mental de su visitante. Se dijo que debía resistir, luchar, oponerse con todas sus fuerzas. Y hasta llegó a pensar en desenfundar el arma que llevaba al cinto y disparar.

No fue capaz de hacer nada. Continuó inmóvil, como paralizado, pero sabiendo que podía razonar libremente. Pensaba y escuchaba. Su mente, pues, sólo estaba parcialmente dominada.

—Soy como usted me ve. Sabemos crear una materia parecida a la piel que les cubre a ustedes. Así nos hemos refugiado en estos cuerpos aparentes —continuó hablando el visitante—. Nosotros podemos hacer muy bien estas cosas.

«Hemos venido en una nave transparente. No somos como ustedes. Ya lo sabe. Nuestra forma causa horror a sus cerebros, de lo que no tenemos culpa.

—¿Cuántos son?

—En sus números, somos ciento. Escuche y no haga preguntas: lo tengo dominado, pero no deseo que vea otra cosa. Le he dejado despejado el cerebro para que me entienda bien. Sólo he paralizado su sistema nervioso.

«Cuando me vaya, recobrará usted el movimiento. No debe temer nada, a menos que haga lo contrario de lo que voy a decirle.

»Le explicaré que hemos estado en este planeta durante cinco años, estudiándoles a ustedes. Hemos hurgado en las mentes de muchas gentes y sabemos cómo piensan y se comportan. Sabemos que son gentes medianamente primitivas, a las que llevamos muchos siglos de adelanto.

»Y no hemos venido a invadirles, ni a molestarles siquiera. Queremos vivir aquí porque este mundo es como el nuestro, aunque más pequeño.

»Ya sabemos que ustedes no pueden causarnos daño. Sus armas no sirven contra nosotros Ni siquiera sus explosivos atómicos. Nosotros podemos salir indemnes de una explosión nuclear, porque la materia de que estamos hechos se reproduce inmediatamente después de cada lesión. Sus rayos desintegrantes nos atravesarían, pero nuestro organismo se autorregenera de inmediato. ¿Me entiende usted, señor Chrishom?

—Sí —contestó Terry, sin pestañear siquiera.

—Bien. Todo lo que voy a decirle lo transmitirá usted a sus superiores. Reunirá una Asamblea Extraordinaria de las Naciones Unidas, a la que concurrirán todos los jefes de gobierno del mundo entero. Usted les hablará… Mueva las manos y grabe en su reloj todo lo que tiene que decir a los jefes políticos de los pueblos.

Terry encontró movimiento en sus brazos e hizo lo que el otro le ordenó, presionando el minúsculo botoncito que ponía en marcha la grabadora de su reloj.

—Ocuparemos la isla de Andros, en el archipiélago de Las Bahamas, que habrá de ser evacuada inmediatamente. Allí viviremos y nos reproduciremos. Luego, con el transcurso del tiempo, nos iremos extendiendo.

«Debe saber que ninguno de ustedes puede ya tener hijos. Su raza se extinguirá con su generación. No vamos a matar a nadie, y, por el contrario, todas las personas que se hallan en estado de vida suspendida recobrarán pronto su actividad, sin que sientan molestia alguna.

»Pero a medida que vayan muriendo de modo natural, el mundo se irá despoblando. Dentro de cien años, a lo sumo, no vivirá nadie de ustedes. Los humanoides habrán desaparecido y nosotros poblaremos a nuestro gusto este mundo, cuya existencia hemos calculado en ciento ochenta mil millones de año solares.

«Nosotros procedemos de Glatk, un mundo que está situado a cientos de miles de años luz de distancia. Nosotros vivimos mucho más tiempo que ustedes. Algo así como seis mil veces más, porque nuestra vitalidad es mucho más grande, pero también acabamos por envejecer y desaparecer

«Podemos tener descendientes de nuestra especie. Posemos una ciencia mucho más avanzada que la de ustedes y les indicaremos lo que han de hacer para transformar este mundo en otro habitable para nosotros.

«Habrán de trabajar con nuevas técnicas de construcción, con nuevos materiales. Nosotros supervisaremos todo lo que hagan. Pero, eso sí, todas las mujeres habrán de ser esterilizadas, sin exceptuar una. Les dejamos vivir porque los necesitamos. Tienen casi cien años para preparar las colonias que albergarán a nuestros descendientes y a las expediciones que lleguen de Glatk.

»Y no intenten, por ningún concepto, resistirse. Podemos dominarles a todos con nuestro poder.

—¿Pretende hacerme creer que cien individuos pueden dominar a diez mil millones de seres humanos, perfectamente organizados, con

ejércitos y policías? —preguntó Terry.

No lo pretendo. Es cierto, y usted lo sabe. Aunque pudiera disparar, sus armas no me causarían daño alguno. Cuando llegamos aquí fuimos precavidos. Eludimos los sistemas de detectación y nos refugiamos en mares poco profundos. Las ondas del radar son absorbidas por nuestros condensadores y nadie nos ha podido descubrir. Luego nos dedicamos a observarles sin ser vistos, a estudiarles y a tratar de conocer todo lo que ustedes sabían.

«Hemos comparado su poder con el nuestro y por eso le aseguro que somos muy superiores. Por lo tanto, han de someterse a nuestra voluntad.

—Lo siento —replicó Terry—. Nadie obedecerá. De eso estoy seguro. Ni una sola de nuestras mujeres se dejará esterilizar. Va contra nuestra propia naturaleza. Conservamos leyes genéticas hereditarias que nos obligan a perpetuarnos. Para ello, si es preciso, lucharemos contra ustedes hasta exterminarlos o perecer en el empeño.

—No pueden combatirnos. Ni siquiera saben dónde estamos.

—Los descubriremos por medio de cámaras fotográficas y los aniquilaremos sin darles tiempo a regenerarse.

—No sea necio, señor Chrishom. No sabe lo que está diciendo. Habla por hablar, como la mayoría de ustedes. Nosotros les conocemos bien y sabemos perfectamente que son seres limitados, con una ciencia incipiente y rudimentaria.

»No pueden hacer nada. Se lo repito. Están dominados.

—Entonces ¿por qué no se muestran como son y comparecen ante nuestros jefes de gobierno a plantear sus exigencias?

—Hay una cosa que reconocemos en ustedes. Y es su número. Ustedes pueden causarnos daño. Unos cientos de millares nos podrían imposibilitar, sacrificándose ellos, sin darnos tiempo a la recuperación física Somos nada más que ciento.

»No se trata de eso. Queremos que obedezcan nuestras órdenes. Les daremos los compuestos químicos necesarios para que esterilicen a sus mujeres. Les facilitaremos los medios para que construyan habitáculos adecuados para nosotros.

—¡No! —gritó Terry—. Ésa es la respuesta que le darán los jefes de gobierno. Ya lo saben de antemano. ¿Qué harán entonces?

—Primero, vaya usted a Nueva York y haga lo que le digo. Luego, sabrán lo que hemos pensado.

—¿Qué es?

—Paralizaremos la vida en numerosos lugares. No digo exterminar, porque nosotros no queremos matar. Sólo paralizamos. Pero, si aceptan nuestra proposición, todos volverán a vivir.

—¡Es mejor que nos paralicen y nos dejen así!

—No a todos. Lo haremos con unos centenares de miles. Los demás comprenderán que no tienen más remedio que obedecer y se someterán. No pueden hacer ustedes nada.

»De todas formas, no exigimos de ustedes nada que les perjudique directamente. Podrán vivir hasta el fin de sus días. Una vez muertos todos, ¿qué les importa quién viva en este planeta?

Terry comprendió parte del sentido oculto detrás de aquella idea. Aquellos seres extraños no querían matar. Sólo apoderarse de la Tierra y utilizar a sus habitantes como obreros en una gigantesca obra de transformación.

—Escuche, señor Chrishom. Nosotros necesitamos el agua que ustedes poseen en grandes cantidades. Este mundo es uno de los pocos que tiene agua, aunque sus sales sódicas lo hayan contaminado. Nosotros la haremos potable y la aprovecharemos. Somos hidrófagos y nuestro alimento principal es el agua.

—Cefalópodos —dijo Terry—. ¡Pulpos mutables e inteligentes! ¿A eso llama usted una raza superior?

—Toda nuestra fuerza está en el cerebro. Pero dejemos eso. Voy a irme. Cumpla usted su cometido, y cuando en las Naciones Unidas se acuerde aceptar nuestras órdenes, todas las personas que yacen en estado de vida suspendida volverán a la normalidad.

»Les prometemos que, si cumplen fielmente nuestros deseos, nada les ocurrirá.

—¿Nada? ¿Llama usted nada a extinguir la raza humana?

Capítulo VII

En respuesta al no unánime de las N.U., veinte ciudades importantes del planeta, entre las que se contaban El Cairo, París, Moscú, Chicago y Londres, quedaron totalmente paralizadas. En menos de diez días, millares de personas caían al suelo en todos los lugares, atacadas por aquella parálisis que ya no podía considerarse como colapso cardíaco.

Cientos de miles de hombres, mujeres y niños, de todas las edades, recibieron el soplo maligno de los seres de Glatk, cuyo nombre se había hecho mundialmente famoso y funesto.

¡Los «glatkos» cumplieron su palabra!

Se ignoraba si fueron todos o uno solo los que realizaron la matanza paralizadora. Pero el hecho era evidente. Aquellas grandes poblaciones humanas dejaron de vivir.

Se cortó primero el fluido eléctrico. También se detuvieron los automóviles y las máquinas. Luego, se pararon los cerebros. Por ello, no hubo ni siquiera un accidente.

De todas formas, esto no es sabía, porque, al tenerse noticias del suceso, todas las poblaciones afectadas quedaron aisladas y nadie podía entrar en ellas. Divisiones enteras de tropas y policías, llegados de otros lugares, acordonaron completamente las ciudades.

Pero no pudieron capturar a nadie.

Después de cometer su genocidio, los «glatkos» se retiraron a su refugio secreto, sin que nadie pudiera saber dónde se encontraban.

El más desesperado de todos era Terry Chrishom, instalado ahora en su oficina de Nueva York, desde donde controlaba el ingente número de hombres que tenía a sus órdenes.

Además, Terry debía entrevistarse casi todos los días con altos jefes de la política mundial, a los que trataba de convencer de que debían seguir la política del presidente Flint.

—¡El señor Flint no tiene hijos! —declaró un ministro francés—. Y en mi país la gente quiere vivir. Diez millones de personas, entre las que se encuentra el propio presidente de la República, están muertos, y so pesa en el ánimo de todos. Por otra parte, sólo nos piden que no tengamos más hijos.

—¿Y qué está ocurriendo ahora? —replicó Terry —. Todo el mundo está casándose. Hay colas para contraer matrimonio.

—¡La gente está enloquecida! ¡Creen ver monstruos cefalópodos por todas partes! Yo no sé qué hará nuestro gobierno provisional, pero mucho me temo que no comparta las opiniones de ustedes. Estoy

seguro de una cosa: si se nos hiciera la proposición a nosotros, accederíamos.

—¡Háganlo! —exclamó Terry—. Digan a todo el que quiera oírles que aceptan la proposición de los «glatkos» Estoy deseando ver revivir a los habitantes de París.

»Pero no olvide que luego les darán órdenes y dejarán estériles a todas sus mujeres.

El ministro francés no contestó y salió del despacho de Terry. Afuera esperaban más de cien personas, la mayoría periodistas y diplomáticos. Pero Terry no estaba dispuesto a pasarse el día tratando de convencer a la gente.

Por esto efectuó una llamada a su inmediato superior, el secretario general Henry Colbett:

—Señor, le ruego que me acepte la dimisión.

—¡No, Chrishom! —replicó Colbett secamente—. Éstos no son momentos para deserciones. Hay que estar en la brecha. Aquí hemos de caer, si llega el caso.

—¡Somos impotentes para hacer algo!

—¡Devánese el cerebro, como hago yo! ¡Pensar el modo de evitar la amenaza ya es hacer algo!

—He pensado irme a Tule y tratar de que alguien relacionado con las comunicaciones ultrasensibles intente localizar la onda en que se comunican los «glatkos».

—¿Para qué? —preguntó el secretario general.

—¡Para decirles qué son unos cerdos marinos!

—No diga usted inconveniencias, Chrishom. Busque soluciones prácticas. Ya estará enterado de que en muchas partes del mundo empiezan a rendirse.

—Lo sé, señor.

—El presidente Flint está estudiando esa solución con sus consejeros. Parece ser que alguien opina que se finja que nos sometemos.

—No dará resultado.

—Ellos se irán a la isla de Andros y allí podremos aniquilarlos con una lluvia de bombas atómicas.

—Estoy seguro de que esos monstruos ya conocen el modo de pensar del presidente. Tratar de engañarlos es inútil. Saben todo lo que hacemos.

—Eso mismo digo yo. Sólo tienen que escuchar la televisión y se reirán de nosotros. ¿Seres primitivos, dijeron? Somos la misma histeria y la superstición juntas. Hay quien no duerme de tanto rezar. Y los suicidios aumentan por millares, pese a que tratamos de difundir la

calma.

»¿No ha visto el presidente en la visita hecha a la escuela de agricultura, riéndose con el presidente del Tribunal Supremo? Estoy seguro de que Flint hubo de hacer un sobrehumano esfuerzo para sonreír.

—Es la locura, señor. Sugerí que debía conservarse el secreto y no me hicieron caso.

—Fue el delegado británico y los supersticiosos africanos. Era inevitable. Bueno, Chrishom. Si alguno de sus hombres averigua algo, avíseme inmediatamente.

—¿Mis hombres? ¡Ah, son los primeros en decirme que debemos dejarles y vivir nuestras vidas! No nos amenazan. Sólo quieren vivir aquí cuando todos hayamos desaparecido.

—Comprendo sus posturas. Es mejor seguir viviendo y sirviendo a señores más poderosos que nosotros, a permanecer en ese estado de muerte aparente, de la cual no ha vuelto nadie todavía.

—Eso es lo que me inquieta, señor. ¿Nos han engañado? Yo no. Los médicos afirmaban que la muerte es real. Sin embargo, en Lisy Evans no se descubren señales de descomposición, pese a llevar así quince días.

—Puede que tengan razón esos seres —dijo Terry, en el momento en que se abría la puerta de su despacho y aparecía Jelly Hill, quien fue retenida por uno de los cancerberos

—¡Déjeme pasar, estúpido!

—Lo siento, señor —habló Terry—. El público invade mi oficina. Ya le informaré si ocurre algo.

—Bien, Chrishom. Continúo confiando en usted. Adiós.

—¡Déjala pasar, Lem! —gritó Terry al cerrar la comunicación.

Jelly entró, muy descompuesta.

—¿Qué ocurre aquí, Terry? ¿Os habéis vuelto locos todos?

—Yo, no. ¿Qué ocurre afuera?

—Todo el mundo quiere verte. Bob Stack me acompañaba, pero le han desnudado en uno de los pasillos. Ha debido morir para ayudarme a llegar hasta aquí.

—Has hecho mal en venir.

—Se trata de mi padre. Está loco, Terry. Dice que puede librarnos de esos seres horribles.

—¿Su magia medieval?

—Sí.

—Es una buena solución —se burló Terry—. Cuatro gestos cabalísticos, unos exorcismos extraños y, ¡zas!, los «glatkos» que salen huyendo. Tengo diez mil sugerencias semejantes.

—Mi padre ha dicho que venga a verte, Terry.

—Ya has venido. Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, algo fuerte. Tengo los nervios destrozados.

—¿Quieres casarte conmigo ahora mismo? Es el único modo de prolongar un poco nuestra supervivencia. Eso es lo que están haciendo la mayoría de los jóvenes… ¡Ayer me dijo uno que debíamos secar el agua de los mares! —Terry abrió un armario, presionó un pulsador electrónico y tomó una botella y dos vasos—. ¿Qué, te decides?

—Tú debes decidirte, Terry. Si convences al presidente para que acepte la proposición de esos monstruos, viviremos en paz.

—Muy juiciosa medida. Y como después de nosotros no vendrá nadie más, habremos hecho un inmenso favor a la humanidad. Ya no habrá enfermos, ni pobres, ni siquiera injusticias… ¡No habrá más que «glatkos» bebiendo agua en las playas!

—¡Es horrendo, Terry!

—Toma, bebe. Esto te reanimará. ¿Y qué es lo que dice tu padre?

—Mi padre dice disparates.

—Por ejemplo…

—Afirma que esos «monstruos» no nos conocen bien, porque han estudiado lo que sabe el ciudadano medio. Pero se han olvidado de él.

—¡Ya! Tu padre no es un ciudadano medio.

—No se refiere a eso. Dice, y me lo ha enseñado, porque lo escribió en uno de sus libros, que hace siglos vinieron esos tipos a la Tierra, en una nave transparente. Pero que los sabios de entonces los espantaron.

—No tengo la menor duda de eso. Al ver a los alquimistas de entonces, se impresionaron y salieron huyendo. ¿Eso había escrito tu padre?

—Sí. Es cierto

—¿Dónde ocurrió?

—En un pueblo, al sur de Inglaterra, allá por el año 1380.

¡Hum! ¡Curiosa noticia! No tenía idea de que todas las fantasías y supersticiones de antaño pudieran creerlas nadie. De todas formas, es significativo eso de la nave transparente.

—Mi padre encontró unos grabados antiguos. Y los seres que aparecen en ellos son semejantes a los que ahora nos inquietan.

Terry se quedó pensativo unos instantes. Bebió su cordial lentamente y luego murmuró:

—Es una posibilidad, ¿no?

—He jurado a mi padre que te lo diría. Pero yo no creo en él. Sé que está loco.

—¿Dónde está tu padre?

—Aquí, en Nueva York. Hemos venido juntos.

—Es obligada una visita de cortesía, ya que se ha dignado abandonar su mansión medieval para venir a verme. Siento que la policía sólo deje acercarse a periodistas y diplomáticos. Ven. Iremos a ver a tu padre. Hemos de salir por un ascensor privado que nos llevará al garaje subterráneo.

Y tomando a Jelly del brazo, Terry la llevó hacia una disimulada puerta, que se descorrió al acercarse ellos.

* * *

Abraham Hill estaba en el interior de una estancia casi en la penumbra. Sobre una mesa tenía una bola de cristal y un cráneo. Varios amuletos extraños aparecían también allí.

Ni siquiera levantó los ojos de la bola de vidrio cuando entraron Terry y su hija.

—Aquí está Terry, papá —dijo ella.

El alquimista-mago no contestó. Parecía tener los cabellos electrizados, de punta, señalando en todas direcciones.

—¿Cómo va eso, señor Hill? —insistió Terry, acercándose—. ¿Ha visto usted algo?

—Veo la ignorancia de las gentes, muchacho —contestó el hombre, alzando la cabeza.

—Sí. Hay mucha ignorancia. Jelly me ha dicho que escribió usted un libro acerca de supercherías de la Edad Media.

—Lo he traído conmigo… Enciende la luz que hay junto a la puerta, Jelly, querida —dijo el hombre. Se acercó al lecho, sobre el que tenía dos maletas.

Sacó un libro raro, que la técnica moderna había impreso con caracteres góticos, en un material plástico que parecía pergamino arrugado.

—Esto es… «Teoría sobre las apariciones sobrenaturales» —leyó Abraham Hill.

—¿Ha sido un «best-seller»?

—No se han vendido ni cien ejemplares. Regalé cien mil a otras tantas bibliotecas. Y la mayoría me lo devolvieron diciendo que no tenían sección para incluirlo. Y, sin embargo, Paracelso y sus ambigüedades está en todas las bibliotecas.

—Seis siglos le separan a usted de él.

—Seis oscuros siglos de ignorancia. Pero mi momento ha llegado, amigo mío. Ahora la humanidad doliente me necesita, y yo, generoso, acudo a ella y mitigo sus males.

—Déjeme ver ese grabado que ha mencionado su hija.

—¡Ah, sí; aquí está! —exclamó Abraham Hill, hojeando el libro con satisfacción—. Puedo enseñarle también el original, hecho en la época de Ricardo II. Fue cuando empezó la guerra de los Cien Años y cuando se firmó la Carta Magna… ¡Aquí está! ¿Qué le parece, jovencito?

Terry vio algo que se parecía extraordinariamente a un platillo volante de cristal, dentro del cual se veían unas singulares figuras, muy parecidas a las que él había visto tanto en la grabación magnético-mental del cerebro de Jelly como en el clisé de Marcel Diterand. Sin embargo, tenían todo el aspecto confuso de las cartas antiguas, donde se dibujaban extraños animales fantásticos.

—¿De dónde ha sacado usted eso?

—De un manuscrito galo de la época, anónimo. Esto lo vieron unos pescadores. Los monstruos salieron de la nave y se acercaron al pueblo de pescadores, haciendo huir a sus habitantes, pero capturaron a varios de ellos, con los que se encerraron en una mansión… ¡Aquí está escrito!

—Sí, no lo dudo.

—¿Y cómo se fueron?

—Llamaron a Merlín y los ahuyentó.

—¡Pero Merlín es un personaje de la fantasía popular, señor Hill! —exclamó Terry.

—La fantasía popular tiene su origen en la realidad. Yo sé lo que ocurrió, porque me lo han contado seres que vivieron en aquella época.

—¡Ah, ya! Lo ha visto usted en su bola.

—No. Mi bola mágica me lo ha contado. He visto el fuego de la verdad. Ahora sólo trataba de comprobarlo con otros testigos. Pero los magos de entonces están cansados y no quieren acudir. No importa. ¡No los necesito para nada…! Yo soy el nuevo mago Merlín, señor Chrishom!

Jelly estaba a un lado, muy apenada.

—Bien, ahuyente usted a esos «glatkos».

—Son engendros llegados de otros mundos: la frase «vuélvete a los abismos del cielo, bestia» los ahuyenta.

—¿En qué lengua debe ser pronunciada?

—En la de ellos, naturalmente —contestó Abraham Hill, seriamente—. Déjeme ver… ¡Ah, aquí está la formula! Son palabras muy raras… Se dice así: *Afjk ookre, deerk khom gurt, kaiba*.

—Repítalo, por favor.

Hill repitió la frase correctamente, leyéndola en el libro. Y Terry hizo un esfuerzo para no soltar una carcajada.

—¿Con esas palabras se ahuyenta a los monstruos?

—Sí. Estas palabras y un puñado de sal a los ojos… ¿Sal? Bueno, creo que es sal y pimienta. El pergamino estaba un poco borroso. Pueden probar ustedes dos veces. Una con sal común y otra con sal y pimienta.

—Papá, Terry tiene cosas muy importantes que hacer para perder el tiempo aquí, con sus tonterías.

—¿Tonterías, Jelly? ¿Cómo puedes decir eso? Esto no son tonterías… *Afjk ookre, deerk khom gurt, kaiba*. Esta última palabra, *kaiba* quiere decir «bestia». Las otras significaban que se vaya el monstruo a los abismos del cielo. Pero no se irán si no se les arroja la sal.

—Todo eso está muy bien —dijo Terry, muy serio—. La dificultad está en encontrarlos.

—No hay ninguna dificultad en eso, amigo mío — contestó el hombre, con expresión de iluminado—. Yo sé dónde están.

—¿Dónde? —preguntó Terry, vivamente.

—A la orilla del mar. Vamos a la playa de Long Bay y los veremos allí. La nave la tienen bajo el agua, para que los buques no tropiecen con ella.

—¡Pero son invisibles! ¡No podemos verlos! ¡Estos «glatkos» no son iguales que los que vinieron en tiempos del rey Ricardo II, puesto que hipnotizan a todos los que se acercan a ellos, impidiéndonos verlos!

—¡Aja, a mí no pueden hipnotizarme, amigo mío! —exclamó Abraham Hill, con gesto triunfal.

—¿Por qué no?

—Porque mi poder es superior al suyo. Yo soy un mago que he aprendido magia en las fuentes de los físicos más sabios de la Antigüedad… Ocurre, sin embargo, que nadie quiere comprenderme… Ni yo hago para que me comprendan, naturalmente. Tengo demasiado dinero para humillarme ante nadie. Y le advierto que le he dicho todo esto porque sé que mi hija le quiere a usted. Lo hago por la felicidad de ella, a cambio de que el primer hijo que tengáis aprenda de mí.

—¡Ah, eso sí que no! Prefiero más aceptar el ultimátum de los «glatkos» —replicó Terry.

—Por favor —intervino Jelly—. Déjale, Terry. Está trastornado.

—¡No te permito que digas eso una vez más, Jelly! —gritó el hombre, muy serio—. Y quiero convencer, de una vez para siempre, de que sé lo que digo.

—Eso no hay más que un modo de comprobarlo —intervino Terry, con una media sonrisa en los labios—. Vamos a Long Bay. Nos podemos dar un baño en el mar. Debe haber allí cien mil personas

bañándose en estos momentos.

—No lo crea, señor Chrishom. La playa de Long Bay está desierta.

—¿Desierta en el mes de agosto? —preguntó Terry, estupefacto.

—Tal y como lo oye. Vamos allí y lo comprobará.

Terry se encogió de hombros. Comprendió que el padre de Jelly estaba más loco de lo que él había creído en principio.

Sin embargo, media hora después, Terry se llevó un sobresalto, al detener su aerocar en un extenso y desierto aparcamiento, ante la playa de Long Bay.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Terry, mirando, boquiabierto, en torno suyo—. ¿Dónde están los neoyorkinos?

—La gente está demasiado inquieta para pensar en venir a bañarse. Nadie tiene ganas de divertirse —observó Jelly.

—No es eso. Los «glatkos» ahuyentan a la gente… Todos los vehículos pasan de largo. Ni siquiera hay embarcaciones.

—¿Y no se ha dado cuenta nadie de este fenómeno? ¿Dónde están los «glatkos»? —preguntó Terry.

—Allí, junto al mar, estoy viendo uno. Acerquémonos —sugirió Abraham Hill.

¡Por mucho que miró Terry en todas direcciones no descubrió a nadie!

Capítulo VIII

Abraham Hill, ataviado de modo estrafalario, con sus blancos cabellos revueltos y agitados por el viento del mar, avanzó hacia la orilla del mar, para detenerse a unos diez metros de donde rompían las olas.

—Afjk ookre deerk khom gurt, kaiba — dijo con voz solemne.

¡Terry se quedó aturdido al ver aparecer unas extrañas huellas, hundiéndose la arena como bajo el peso de un ser desconocido, de varias patas!

Jelly también se dio cuenta de aquello y lanzó un grito, retrocediendo, mientras su padre se agachaba, tomaba un puñado de arena y lo arrojaba hacia donde estaba «aquello». '

—¡Vete, monstruo! ¡Vuelve a tu mundo! ¡A mí no podéis asustarme porque soy más poderoso que vosotros!

Se oyó como un chillido gutural y la arena se estrelló contra el invisible obstáculo, a la vez que el suelo se revolvía, agitándose violentamente.

—¡Padre! —gritó Jelly.

Abraham Hill, lanzando improperios, se agitó, se contrajo y luego se alzó del suelo, como si unos fuertes brazos invisibles se hubiesen apoderado de él, levantándole en vilo.

—¡Suélteme, monstruo marino, horrible figura, pulpo verde y luminoso! —bramaba el hombre.

Terry, a menos de seis metros, extrajo la pistola de su funda, dispuesto a disparar. Pero Abraham Hill, elevado en el aire ante sus ojos, era zarandeado de un lado a otro, subiendo y bajando, sacudido por los tentáculos invisibles del ser que le dominaba.

—¡Están ahí! —chilló Jelly—. ¡Mi padre tiene razón, Terry!

—¡Sitúate detrás de mí! —gritó él.

Abraham Hill chillaba más cada vez, pero en un momento en que su cuerpo estaba a casi dos metros de altura, Terry oprimió el disparador de su arma, enviando un intenso rayo rojo hacia donde suponía el cuerpo del monstruo invisible.

Y el disparo debió ser efectivo, puesto que Abraham Hill fue soltado y cayó sobre la arena, donde quedó medio conmocionado.

¡Y, por un momento fugaz, tanto Terry como Jelly pudieron ver, medio materializada, la silueta horrible del «glatko», saltando sobre sus tentáculos, en dirección hacia donde rompían las olas!

¡Y detrás suyo iba dejando un rastro verdoso, de algo que se desprendía de su cuerpo!

—¡Lo he herido! —gritó Terry, lleno de júbilo—. ¡Ha soltado a tu padre y huye a refugiarse en el mar!

Jelly corrió hacia su padre, mientras Terry efectuaba dos disparos más hacia la medio visible y horrenda figura del «glatko», el cual terminó por hundirse en las aguas, chapoteando fuertemente.

En aquel instante, cuatro hombres aparecieron detrás de unas casetas de baño. Iban vestidos con ropas de marineros y corrían con ligereza hacia el lugar en que estaban Terry, Jelly y el padre de ésta.

Terry se volvió a ver a los hombres y un vago sentimiento de peligro le asaltó. Un instante después, cuando quiso encañonar a los sujetos, percibió una fuerza extraña que parecía dominar su brazo hacia el suelo.

Uno de los hombres que se acercaba le dijo con voz gutural:

—Guarde su arma, señor Chrishom. Debimos suponer que usted seguiría adelante con su locura.

Jelly también se había quedado inmóvil, cerca de su padre.

—Has herido a uno de nuestros compañeros. Pronto estará recuperado. Pero no podrás hacemos más daño. Esta vez te suspenderemos la vida.

Terry percibió claramente la sensación de la muerte. Su cerebro debió sufrir un terrible choque mental, a causa de las ondas magnéticas que le enviaron aquellos seres, disfrazados de hombres.

Fue lo mismo que si hubiese sufrido un fuerte golpe en el cráneo La vista se le nubló y la sensación de ahogo se extendió a todas las fibras de su ser, causándole la misma impresión de quien recibe la muerte definitiva.

Sin embargo, todo duró un instante.

Terry se desplomó, cayendo de rodillas, y en sus oídos zumbaron unas palabras extrañas. Al mismo tiempo, creyó ver que los cuatro sujetos retrocedían inexpresivos, pero como asustados por algo que había detrás de Terry.

El agente de la «W.O.S.» movió la cabeza y, con el rabillo del ojo, vio a Abraham Hill, medio incorporado, extendiendo la mano derecha hacia los hombres.

—*...khom gurí, kaiba*! —gritaba.

El padre de Jelly estaba pronunciando las palabras mágicas para ahuyentar a los «glatkos»... ¡Y éstos retrocedían, espantados!

La impresión de la muerte se disipó de Terry como si la brisa del mar se la hubiera llevado consigo. Y lo mismo le sucedió a Jelly, que ya había caído sobre la arena, cuan larga era.

Ahora, Abraham Hill, amenazador y terrible, repetía su anatema contra los cefalópodos, haciéndoles retroceder hacia donde estaban las

casetas de baño.

—¡Ya huyen, hija mía! ¡No te harán daño alguno!

Terry también se levantó, empuñando firmemente el arma, y corrió hacia donde habían desaparecido los cuatro individuos. Pero cuando llegó allí, no los vio por ningún lado. Sin embargo, descubrió una de las casetas con la puerta abierta.

Al acercarse, vio un gran agujero en el interior de la caseta... Un agujero en el que se veía el agua a escasos centímetros del suelo. Y comprendió que por aquel conducto habían huido sus agresores hacia las profundidades del mar, dado que debía existir un túnel bajo la playa.

Sin enfundar su arma, extrajo el comunicador en forma de lápiz y presionó el contacto.

—Nick, que venga la policía y el ejército a la playa de Long Bay. Hemos ganado la primera victoria contra los «glatkos». No perded ni un segundo.

—¡Vamos inmediatamente para allá, Terry! —replicó la voz de Nick Miller—. ¿Estás bien, Terry?

—Sí, gracias a un loco que está más cuerdo que todos nosotros. Si no lo veo, no lo creo.

* * *

Abraham Hill fue llevado al piso alto del edificio de las Naciones Unidas, a un recinto hermético, de acero y cemento, rodeado además de un intenso campo magnético controlado a distancia por técnicos especializados.

Terry Chrishom fue con él. Y también les acompañó Jelly Hill y dos altos funcionarios, del Gobierno, el subsecretario de Estado y el jefe supremo de las Fuerzas Espaciales.

El primero se llamaba Jack Mansk y el segundo Thomas Dickson.

—Éste es el lugar más seguro de Nueva York —dijo Terry.

—El «glatko» estaba allí, descansando. Yo le vi y fui hacia él, hablándole para que se fuera de nuestro planeta, según la fórmula mágica de la Antigüedad.

—Entonces, ¿usted podía verle?

—Sí. Como les veo a ustedes.

—¿Y usted no lo veía, señor Chrishom?

—No. Pero observé sus huellas en la arena. Y adiviné cómo se revolvía, sorprendido quizá.

—¿Qué ocurrió después?

—El monstruo verde no me hizo caso. Tal vez debí equivocarme en

la fórmula, porque se lanzó sobre mí. Le arrojé arena y le irrité los ojos. Podía ser invisible para los demás, por su poder hipnótico. Pero yo soy inmune a esa influencia, porque mi cerebro es más poderoso que el suyo.

Los dos altos funcionarios se miraron, y luego miraron a Terry.

—Bueno, continúe —invitó el jefe supremo de las Fuerzas Espaciales.

—Cegado por la arena que le eché a los ojos extendió sus tentáculos hacia mí y me agarró —siguió diciendo Abraham Hill tranquilamente—. Me levantó en vilo y me zarandeó con su terrible fuerza, como si quisiera estrellarme contra el suelo o estrangularme con sus tentáculos. Yo intenté apaciguar su furia con mi mente, pero no sé si lo habría conseguido,

»Lo que sí debió ocurrir fue que, dedicado enteramente a mí, irritado por la sorpresa y la imposibilidad de dominar mi mente, se olvidó de retener paralizados a Chrishom y a Jelly.

—Exactamente —apoyó Terry—. Primero me sentí como paralizado. Pero luego, viéndole a usted en el aire, comprendí que estaba siendo atacado por un monstruo al que yo no podía ver. Por eso saqué el arma y disparé bajo, hacia donde suponía su cuerpo. Y debí darle, porque le soltó a usted y huyó…

Terry se detuvo al escuchar un zumbido en su bolsillo. Extrajo el pequeño intercomunicador y lo conectó, mientras los otros le miraban.

—Sí, Nick. ¿Qué ocurre?

—¡Diez mil hombres ranas flotan, al parecer sin vida, sobre las aguas de la bahía! —hasta ellos llegó la voz de Nick Miller.

—¡Que los recojan inmediatamente y comiencen a lanzar cargas de profundidad en toda la bahía! —replicó Terry.

—¿No sería conveniente arrojarles unas cuantas bombas atómicas submarinas? —preguntó Thomas Dickson.

—Ignoramos dónde se encuentran. La reacción de los «glatkos» va a ser terrible. Espero algo estremecedor y no debemos hacernos ilusiones. Dentro de poco, cuando los hombres ranas hayan sido recogidos y puestos a salvo, seguramente lanzarán sus ondas de muerte aparente. Y no podremos hacer nada contra ellos, a menos que nuestro providencial alquimista tenga algo más que decimos.

—Yo puedo vencerlos y ahuyentarlos de la Tierra —dijo Abraham Hill, convencido.

Terry Chrishom ya no tenía duda de ello. De una cosa estaba seguro: el padre de Jelly era un hombre extraordinario, aunque estuviese loco.

—Escuche, señor Hill. Usted es nuestra única esperanza. Tiene que

hacer algo para ayudarnos.

—Naturalmente que sí. Pero no tengo medios para localizarlos. Debo regresar al hotel.

—Enviaremos a alguien que le traiga todo lo que necesite. ¡Pues no faltaría más! —exclamó Jack Mansk, yendo hacia la mesa del teléfono.

Fue al descolgar el auricular cuando el semblante del subsecretario de Estado se nubló ligeramente.

—Qué raro... ¡No hay comunicación!—exclamó.

Un súbito temor se apoderó de Terry Chrishom.

Extrajo su intercomunicador y presionó el botón.

—¿Nick? ¿Me oyes?

—Sí, ¿qué ocurre?

Terry suspiró aliviado.

—Creí que... ¿Dónde estás?

—Volando sobre la bahía.

—El teléfono interior no funciona. Averigua por qué.

—Aguarda un momento.

—Sí, Nick.

Fue Abraham Hill quien se anticipó en dar la terrible noticia) De pronto, como asaltado por un terrible pensamiento, se levantó de un salto y gritó:

—¡Toda la población ha sido paralizada! ¡No hay nadie con vida!

El miedo se apoderó de todos los que estaban, en él departamento hermético.

—No puede...

—¡Ya ha ocurrido en otras ciudades del mundo! —exclamó Jelly—. ¡Esa debe ser la venganza de los «glatlkos»!

Nick Miller llamó a los pocos segundos, diciendo sumamente agitado:

—¡Todo Nueva York está muerto, Terry!

—¿Y por qué no lo estamos nosotros también?

—¡No! ¡Nosotros estamos en Nueva York y no estamos muertos, ni nada parecido! ¡Conmigo están el señor Mansk, el señor Dickson, Jelly y su padre! ¡Y no estamos paralizados siquiera!

—Nosotros tampoco, Terry. Elly dice que nos alejemos rápidamente de las proximidades de la ciudad.

—Hacedlo. Informadme de lo que ocurra. Llama a Washington.

Resultó que la capital federal de los Estados Unidos también había sido atacada por aquella increíble epidemia. Nick Miller no consiguió establecer contacto con ninguna de las grandes ciudades de América, aunque sí pudo comprobar que existían focos de vida en numerosos pueblos y lugares de vacaciones.

Se comprobó que las centrales de energía eléctrica no funcionaban, por paralización misteriosa de las turbinas y dinamos. Incluso los automóviles se habían detenido al faltarles la corriente. Y los conductores habían quedado inmóviles en sus asientos, cerrados los ojos, paralizados.

¡El Presidente Flint también ha quedado paralizado! —comunicó Nick Miller.

En el departamento hermético del piso superior del edificio de las Naciones Unidas se hizo un silencio dramático, que sólo fue roto por los sollozos de Jelly Hill, a quien su padre trataba de consolar.

—No temas, hija mía… Sé que no podrán conmigo.

—¡En usted confiamos, señor Hill! —Terry habló convencido—. Hemos de luchar hasta el fin.

—Un momento, por favor —intervino el jefe supremo de las Fuerzas Especiales —. La situación ha cambiado mucho. Sin Congreso ni Presidente, alguien tiene que asumir el mando de la nación.

—No se precipiten. Ignoramos lo que ha ocurrido en Washington. Es mejor asegurarse bien antes de tomar medidas decisivas. Propongo que intentemos salir de aquí.

—¿Para caer fulminados como todos? —exclamó Mansk, con evidentes síntomas de miedo.

-—Aquí estamos protegidos por un campo magnético que…

—Creo que está usted equivocado, señor Mansk — replicó Terry—. La energía eléctrica se ha cortado en toda la nación. Por tanto, no puede existir campo magnético.

Todos se miraron.

—¿Estamos encerrados, pues? —preguntó Jelly.

—No. Conozco bien este reducto. Se puede abrir accionando a mano una de las llaves. Pero no sé lo que ocurrirá si salimos.

—No ocurrirá nada —dijo Abraham Hill, muy serio—. Si están ustedes vivos, es gracias a mí. Mi poder mental es más fuerte que el de ellos. Yo irradio a nuestro alrededor una fuerza magnética que neutraliza la de ellos. Si yo no hubiese estado aquí, todos estarían ya paralizados. Esa especie de flujo hipnótico que paraliza a los seres vivientes es lanzado hacia todos nosotros y pasa en un segundo.

«Ya ha pasado, pues, de largo. Yo he creado un muro protector en favor de ustedes.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted? —preguntó Thomas Dickson.

—Soy un mago y mi cerebro, enteramente humano, es más poderoso que el de esos necios «glatkos». Ya les dije que no podrían nada contra mí. No me vencerán, porque en mí se concentran todas

las fuerzas ocultas de la naturaleza, que acuden en beneficio de la humanidad en peligro.

—¡Insólito! —exclamó Jack Mansk.

—Sé que no lo creen —repuso Abraham Hill, con expresión de iluminado—. Pero salgamos de aquí y se convencerán. Iremos al hotel a recoger mis amuletos y talismanes. Yo averiguaré dónde están esos monstruos y los expulsaré de este planeta.

«Han cometido el error de estudiar a muchas personas, olvidándose de mí. Los locos también podemos ayudar de algún modo a la humanidad.»

—Empiezo a creer que no está usted loco, señor Hill —dijo Terry —. Y doy gracias al cielo por haberle puesto en mi camino.

—Si no le hubiese conocido a usted, habría hecho lo mismo —dijo Hill —. Llegado el momento, habría ido a buscar a los «glatkos» y les habría dicho: *Afjk ookre deerk khom gurt, kaiba*.

* * *

El espectáculo que ofrecía la ciudad de Nueva York era desolador, impresionante y caótico. Las aceras estaban llenas de cuerpos sin vida. Las calles invadidas de coches, con personas dentro, todas caídas en grotescas posturas.

Lo más impresionante era el silencio... ¡Aquel aterrador y ominoso silencio de ultratumba!

El grupo se movió por las calles, rodeando a Abraham Hill, como si éste fuese la única tabla de salvación que tenían.

Pudieron ver algunos aviones volando sobre la ciudad y hasta Thomas Dickson hizo señas, para ser visto, agitando su pañuelo inútilmente.

—No deben apretarse tanto contra mí —rogó Abraham Hill—. El soplo letal ya ha pasado

—¿Revivirán todas estas personas?

—Sí. Los «glatkos» se irán del planeta y, cuando se hayan ido, todos despertarán de su sueño profundo.

—¿Qué es lo que produce esta muerte aparente? — preguntó Terry.

—No lo entendería usted, mi joven amigo —contestó el padre de Jelly—. Desde luego, esos seres monstruosos poseen una ciencia natural muy avanzada. Pero yo cuento con la ayuda de las ciencias extraordinarias y sobrenaturales. La magia habrá de ser estudiada profundamente.

—No que cabe duda de que sus libros serán leídos ahora en todo el

mundo, señor Hill.

—Sí. Pero antes todos estos infortunados han de recobrar la vida. ¿Falta mucho para llegar al hotel, Jelly?

—Un poco. Si pudiéramos tomar un coche.

—Eso es lo que haremos —dijo Terry, que ya estaba harto de ver personas postradas.

Eligieron un aerocar, cuyos ocupantes sacaron del interior y los depositaron con cuidado en el vestíbulo de una oficina comercial. El coche se puso en marcha sin dificultad y Terry lo elevó en el aire, conduciendo velozmente por encima de los edificios.

Cuando descendían hacia el hotel donde se alojaba Abraham Hill, un «discóbolo» militar efectuó una pasada sobre ellos, para ir luego a tomar tierra en una plaza próxima. Varios soldados y oficiales salieron del vehículo pero al reconocer a Thomas Dickson se pusieron inmediatamente a sus órdenes.

—Estamos vigilando la población, señor. Nos extrañó mucho ver elevarse ese vehículo —dijo el oficial.

—Nos servirán ustedes de escolta. Vamos a recoger algunos objetos de ese hotel y luego nos trasladaremos a Washington.

—Hemos recibido noticias de que la capital federal se encuentra también paralizada, señor.

Sí, lo sabemos. Pero alguien tiene que asumir el mando.

Capítulo IX

Nick Miller y Elly Grubber llegaron al embarcadero cargados con pequeños sacos de sal y pimienta. Abraham Hill estaba al pie de la pasarela del buque, y casi pegados a él se encontraban Thomas Dickson y Jack Mansk, nombrados provisionalmente máximos dirigentes de la Nación.

Terry y Jelly se hallaban en el puente de mando de la rápida embarcación militar. Algunos oficiales y marineros se encontraban sobre cubierta, revisando las armas superautomáticas y las lanzadoras de pequeñas granadas atómicas.

—Aquí tiene usted lo pedido, señor Abraham Hill.

—Entréguenselo al capitán Cemik y que cargue los proyectiles rompedores con eso —dijo Hill—. Ahora, podemos levar anclas y partir hacia las Bahamas.

La embarcación disponía de piloto-robot para la navegación automática. No se necesitaba timonel ni siquiera oficial de derrota. Las computadoras corregían automáticamente la desviación, estableciendo un rumbo sobre la carta electrónica de navegación.

Esto fue lo que hizo Terry, al saber que los «glatkos» se encontraban ya en una islita próxima al lugar que habían elegido para establecerse.

¿Cómo habían averiguado el refugio de los «glatkos»?

Abraham Hill se encerró en una habitación vacía, colocó una extraña piedra sobre una mesa metálica y, por medio de yesca y eslabón prendió la piedra, que parecía carbón. Hizo luego unas raras mezclas con azufre, carbón molido y otros ingredientes, hasta que la piedra se convirtió en un ascua viva.

Allí, ante el fuego misterioso, invocó sus hechizos, pronunciando nombres y palabras misteriosas, hasta que al final lanzó un grito de júbilo.

Luego salió a donde esperaban los otros y anunció:

—¡Hemos de ir hacia Las Bahamas! ¡Allí están esos monstruos reunidos en consejo! ¡Han llegado todos, de distintas partes del mundo, y no saben qué decisión tomar respecto a mí!

—¿Cómo lo sabe usted, señor Hill? —había preguntado Terry.

—Ahora tengo la ayuda del famoso mago Merlín, que al fin ha venido a verme. Soy un mago famoso... ¡Un gran Mago!

Terry había sonreído, pero no contestó. Sabía que cualquiera que fuese el poder del extraño padre de Jelly, les había demostrado que no era un hombre corriente.

Tiempo habría, pues, para averiguar lo que había en su cerebro y si era cierto o no su poder extraordinario.

Por ello, y en prueba de la confianza que le tenían, aceptaron todo cuanto dijo y prepararon una embarcación muy rápida, para dirigirse a las islas Bahamas.

Terry había sugerido efectuar el ataque desde una nave voladora pero Abraham Hill se opuso, alegando que no le gustaban las altas velocidades.

—Tengo la sensación de que mis ideas se quedan atrás —se disculpó.

—Pero en una embarcación perderemos mucho tiempo. Y no podemos perderlo — había alegado Terry.

—Nuestro tiempo no es como el de ellos —contestó el señor Hill—. Los «glatkos» piensan despacio y se toman su tiempo. Ahora deliberan sobre mí. Estarán varios días consultándose acerca de lo que conviene hacer.

«Como yo sé dónde están y no me esperan, les atacaremos por sorpresa.

—¿No percibirán nuestra presencia?

—No. Disiparé de sus mentes ese temor. Estarán confiados. Les atacaremos cuando menos lo esperen. Yo lanzaré a sus mentes mis palabras mágicas y, si se revuelven, les dispararemos balas explosivas, cargadas con sal y pimienta.

Era aterrador para las autoridades norteamericanas pensar en que un loco visionario, con procedimientos simples, pretendía ahuyentar un peligro que tenía paralizada a media humanidad. Pero no podían hacer otra cosa que dejarse llevar por las indicaciones de aquel hombre.

Terry aconsejó a los dos altos funcionarios que se hiciera caso a Abraham Hill. No tenían otra solución mejor.

En el puente de mando del buque de guerra, mientras zarpaban, Terry interrogó a Jelly.

—Háblame de tu padre. ¿Siempre ha sido así?

La joven sacudió la cabeza, negativamente.

—Cuando vivía mi madre era un ser normal. Pero después, encerrado siempre en su despacho, leyendo libros raros y antiguos, se fue volviendo así.

«En realidad, hace algunos años que mi padre y yo apenas tenemos relación. Ya te conté que convirtió el sótano de nuestra casa en un laboratorio de alquimista.

—¿De dónde procede ese poder que tiene?

—No lo sé. Ha debido leer muchas cosas extrañas. Una de las

últimas veces que fui a casa, de vacaciones, ya sabes que no me gustaba ir a verle, porque me ponía nerviosa, le encontré haciendo prácticas de magia ante un espejo; Le hablé y no me contestó. Luego me explicó que se encontraba ausente, en trance, como dijo él.

—Está claro que tu padre ha desarrollado un extraordinario poder mental. Es como si la naturaleza, intuyendo lo que podía ocurrir, le hubiese elegido a él, dándole facultades extraordinarias para poder conjurar el peligro que ahora nos amenaza.

—Tengo miedo, Terry. Mi padre no es como nosotros. Empiezo a darme cuenta.

—Es tu padre. Lo que ocurre es que la mente humana es demasiado compleja y todavía, tenemos que averiguar muchas cosas acerca de ella.

—Tengo la sensación de que mi padre ya no es mi padre… Algo así como si algo extraño se hubiese apoderado de él —musitó Jelly.

—No digas eso. Debe tratarse de fenómenos metafísicos y parapsicológicos que nosotros no comprendemos. De lo que no cabe duda es que tu padre puede ver a los «glatkos» y nosotros no. Sea real o no su magia, nos ha librado de la muerte aparente.

—Sí. Pero presiento que va a ocurrir algo terrible dentro de poco. No hemos debido emprender este viaje.

—No tenemos más remedio. Hay que luchar contra esos seres. Y ˆparece que tu padre nos sirve de gran ayuda. No temas, pase lo que pase, yo estaré a tu lado.

Jelly levantó su rostro hacia el de él y permitió que Terry la besara.

* * *

—Allí están —musitó Abraham Hill, señalando hacia la luz verde que se percibía perfectamente en medio del mar.

Todos a bordo del buque contuvieron hasta el aliento.

Habían parado los motores y la nave se balanceaba a merced de las olas, en la oscuridad de la noche, a menos de una milla del islote donde, al parecer, tenía lugar la asamblea de los «glatkos».

—Su nave debe estar por estos contornos, bajo el mar —siguió diciendo Abraham Hill.

—¿Disparamos los proyectiles? —preguntó Terry.

—Todavía no —replicó el señor Hill, reconcentrado—. Deseo captar lo que están diciendo.

—¿Puede usted oírlos?

—Mi cerebro está captando sus ondas mentales… Trato de adivinar

el sentido de sus ideas... No hagan ruido... Que nadie se mueva... Se expresan muy lentamente... No tienen prisa... ¡Sí, ya les entiendo! ¡Gracias, Merlín!

—¿Qué dicen? —insistió Terry, nerviosamente.

—Está pensando uno de sus jefes... Dice... ¡Ah, me temen! Alguien se equivocó. No me tuvieron en cuenta, como yo suponía. Ahora lamentan su error y culpan a uno de ellos... Es el «glatko» que estuvo todo el tiempo en América... El mismo que raptó a Laura Bohmmer... Se llama «Alky» o algo semejante... Sí, Alky. El jefe le habla muy lentamente...

«— No has debido ser débil con esos hombres, Alky —está diciendo el jefe—. Ni Terry Chrishom ni su grupo debían vivir... Has perdido el tiempo fabricando esos disfraces humanos que de nada te han servido... Sí, te han servido para interceptar vuestros movimientos. La hipnosis colectiva es nuestra mejor arma... Tu error, Alky, ha sido querer burlarte de ese Chrishom. Y no lo has conseguido...»

Abraham Hill se detuvo y miró a Terry. Los otros se inclinaron más hacia el mago, por temor a perder sus palabras.

—Ahora va a responder Alky... ¡Ya! «Lo siento, Huul. Tú mismo dijiste que son débiles y primitivos.» «¡Sí, pero uno de ellos no lo es! De eso no te culpo. No sé si podremos dominar a ese Abraham Hill, mensajero de los espíritus malignos del más Allá. No nos es posible captar el influjo de su mente. Está aislado completamente de nosotros e ignoramos dónde se encuentra.» «Podríamos tratar de localizarle, por medio de Terry Chrishom. Él debe saber dónde está.» «Bien. Eso es un buen pensamiento, Alky, irás al continente y buscarás a Terry Chrishom, entre los vivos o entre los sometidos al estado de vida suspendida. No te será difícil hallarle. Puede devolver, a la normalidad a varios de sus colaboradores. Ellos te pondrán en contacto con él. Y una vez lo encuentres, somételo a tu voluntad y hazle hablar. Si es necesario, esos disfraces humanos pueden serviros para ir hasta donde se encuentra Abraham Hill. Cuando le encontréis, matarlo... ¡Pero no por colapso mental, sino utilizando las armas desintegrantes que ellos utilizan!» «Sí, Huul. Iré inmediatamente a Nueva York. Sé que Terry Chrishom se encuentra allí.»

Abraham Hill dejó escapar una risita al terminar de traducir lo que su mente estaba captando y expresando con lentitud, puesto que había empleado más de media hora en pronunciar todas aquellas palabras.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Thomas Dickson.

Alky se dispone a marcharse... Otros cuatro «glatkos» irán con él. Van a viajar en una nave transparente más pequeña que la empleada

para cruzar el espacio… Creo que conviene abrir fuego antes de que se separen. No encontraremos otra ocasión más propicia que esta.

—¡Preparados para abrir fuego! —exclamó Terry, volviéndose a donde estaba el capitán Cernik.

—¡Preparados para abrir fuego! ¡Atención!

—Ahora —musitó Abraham Hill.

—¡Fuego! —gritó Terry.

Las baterías de a bordo empezaron a disparar sobre la isla de la verdosa luminosidad, donde cayeron primero las granadas rompedoras y luego las cargadas con ingredientes tan inofensivos como sal y pimienta.

Cuando estallaron las primeras ganadas, Abraham Hill corrió hacia la proa del buque, lanzando potentes carcajadas y pronunciando a voz en grito sus palabras mágicas:

¡*Afjk ookre deerk khom gurt, kaiba*!

¡Y su voz parecía oírse por encima del estruendo horrísono de los disparos, dilatándose y extendiéndose sobre las olas hacia el islote donde se habían reunido los cien «glatkos»!

Jelly, junto al puente, estaba sobrecogida de terror, más por la singular locura del autor de sus días que por la trágica situación en que estaba viviendo.

Terry se le acercó y la sujetó por el brazo.

—¡Tengo un miedo espantoso, Terry! ¡Algo terrible se avecina! ¡Lo siento en todos mis huesos!

Un viento huracanado sopló en aquel instante sobre el buque de guerra. El cielo se cubrió rápidamente de nubes y un relámpago cruzó el cielo.

Terry abrazó a Jelly y la condujo hacia el puente.

—¡No cesen de disparar! ¡Intentan asustamos con la fuerza de los elementos desencadenados! ¡Sé que se están retorciendo de dolor, pero pretenden luchar, hacemos zozobrar! ¡Fuego, artilleros!

Los cañones continuaban disparando, pero el buque se movía demasiado ahora, a causa de las gigantescas olas, por lo que los proyectiles iban a caer lejos de su objetivo. De todas formas, en el islote, la luminosidad verdosa se había hecho más intensa.

De pronto, un relámpago espantoso incendió la noche. Y un dardo ígneo fue a chocar contra el buque, produciendo una explosión terrible. Al mismo tiempo, una ola gigantesca zarandeó el buque, y el agua, arremolinada, barrió la cubierta, llevándose a varios hombres.

¡Y entre ellos estaba Abraham Hill, cuyos gritos continuaban llenando el aire tempestuoso y agitado, como si fuesen el centro de un ciclón tropical!

¡*Afjk ookre deerk khom gurí, kaiba*!

—¡Esto es espantoso, Terry! —chilló Jelly, asida fuertemente a un pasamanos.

Una gigantesca ola engulló la nave, sumergiéndola por completo. Por suerte, su estanqueidad era perfecta y, aunque sobre cubierta sólo quedaron algunos hombres, que se aferraron con todas sus fuerzas a los salientes, volvió a emerger de nuevo, empujada por las altísimas olas.

Fueron momentos de espantoso terror, en los cuales era imposible conservar la serenidad. Los rayos y las centellas encendían y rasgaban el cielo constantemente. Y en medio del aparatoso estruendo atmosférico, la fortísima voz de Abraham Hill continuaba oyéndose con su grito exterminador de invasores extraterrestres.

Luego, una nueva ola lanzó el buque, como si fuese una insignificante cáscara de nuez, contra las rompientes del islote próximo. Y allí se desencuadernó el buque totalmente. Terry sufrió un fuerte golpe contra la cabina del puente y perdió el sentido.

* * *

Cuando abrió los ojos, el sol brillaba. Nick Miller estaba inclinado sobre él, mirándole con ojos anhelantes. Algo más allá, tendida sobre la arena húmeda y verdosa, yacía el cuerpo inmóvil de Jelly.

Había algunas personas más, entre las que vio en un corro, cubiertos con mantas, al jefe supremo de las Fuerzas Espaciales, Thomas Dickson.

—Nick… ¿Qué ha ocurrido?

—Una ola nos arrojó sobre el islote… Han muerto quince hombres…

—¿Y… ellos?

—No están… El islote fue barrido por el fuego de nuestros cañones…

Terry se incorporó, sintiendo un fuerte dolor en la cabeza. Sin embargo, avanzó tambaleándose hacia donde yacía Jelly.

—No te preocupes por ella, Terry —dijo Nick—. Vive.

El corro de hombres, situados cerca de la orilla del mar, donde ahora rompían mansamente las olas, se acercó.

—¡Gracias a Dios que todavía contamos con usted, señor Chrishom! —exclamó Dickson.

—¿Cómo están ustedes?

—Bien, aunque hemos de lamentar la pérdida del Subsecretario de

Estado, señor Mansk, del capitán Cernik y de otros trece hombre.

—Lo siento... ¿Y el señor Hill?

Nadie contestó. Parecía como si incluso el nombre fuese algo maléfico para todos ellos.

—¿No le han visto?

Hubieron varias negaciones de cabeza.

—¿Qué le ocurre a Jelly? —preguntó Terry, mirando a Nick.

—Sufre un poco de conmoción. Pero su pulso es normal. Os sacamos entre los restos del buque.

—¿Dónde...?

Siguiendo la mirada de Nick, Terry pudo ver los despojos del buque, detrás de un promontorio, a menos de ciento cincuenta metros.

—Una ola terrible nos lanzó sobre el islote —dijo alguien.

—¿Cómo ocurrió? ¿Qué produjo aquel súbito temporal?

—No podemos explicarlo —contestó Nick Miller—. Es lo más espantoso que he presenciado.

Terry tomó entre sus manos el rostro de Jelly y lo sacudió ligeramente. Ella gimió y abrió los ojos.

—¡Jelly!

—Terry... ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estamos?

—No te preocupes. Todo ha terminado bien. Los «glatkos» ya no están aquí.

—¿Y mi padre?

Él no respondió.

—¿Ha muerto?

—No lo sabemos. Nadie lo ha visto.

Jelly se incorporó y se abrazó al cuello del joven, rodeados ambos por el círculo de hombres que esperaban una decisión de alguien, sin saber qué hacer ni qué decir.

—Ya ha terminado todo... Piensa en eso, querida. Los «glatkos» han desaparecido... La pesadilla se ha ido.

—¿Se ha recuperado la gente?

—Lo ignoramos —contestó Nick —. Estamos aislados del mundo, sin medios de comunicación.

—¿Y mi aparato de comunicaciones? —preguntó Terry, llevándose la mano al bolsillo interior de su traje.

—No sirve. Debió de mojarse o quedar inutilizados los transistores con la tormenta. La radio del buque también está destruida. Espero que alguien se acuerde de nosotros y piense en venir a buscamos.

Jelly se abrazó más contra Terry.

Sin embargo, su angustia se disipó media hora después, cuando oyeron en la distancia el silbido característico de los «platíbolos»

militares, y luego vieron la silueta lenticular y plateada de uno de aquellos aparatos destacarse contra el azul del cielo.

—¡Vienen hacia aquí! —gritó Thomas Dickson, lleno de alegría.

Efectivamente, el objeto volador aminoró la velocidad y fue a posarse sobre las aguas, para luego deslizarse, girando como una peonza, hasta tocar la arena y detenerse.

Se abrió una compuerta y saltó a tierra un oficial de la Fuerza Espacial.

Los náufragos, incluyendo a Jelly, ya casi repuesta, rodearon al hombre.

—¡Ha ocurrido el gran milagro! ¡La humanidad se ha salvado! —fue lo primero que dijo el oficial, estrechando las manos de todos—. En Nueva York y en todos los lugares del mundo, la gente se ha recuperado… Ha sido algo grandioso.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Anoche, durante la tempestad —dijo el oficial—. ¡Y vaya tempestad! Han naufragado millares de buques.

—No hay mal que por bien no venga —musitó Terry—. Ahora, se trata de establecer el balance de pérdidas y ganancias… ¡Los muertos de verdad por los que han vuelto a la vida!

Todos querían ser los primeros en subir al «platíbolo», pero el oficial sólo permitió subir a cinco.

Dos de ellos fueron Terry y Jelly. También lo hizo el señor Dickson.

El oficial añadió:

—Pronto vendrán a recogerles a ustedes… No se preocupen… No hay sitio para todos.

EPÍLOGO

Después dé la clamorosa y colosal acogida que hicieron a Terry y su grupo en Nueva York, donde una multitud de millones de seres rodeaba completamente el aeródromo Lincoln, tuvieron que asistir a una rueda de prensa en el salón principal de reuniones de las N.U., donde Terry tomo asiento junto al radiante Secretario General y Jelly lo hizo a su derecha.

Allí hubo de explicar Terry todo lo ocurrido, de principio a fin, terminando con estas palabras:

—No creo que sepamos nunca lo que sucedió exactamente, porque el señor Abraham Hill desapareció durante la tempestad e ignoramos si venció contra su extraña lucha con los invasores. Tampoco estamos seguros de que éstos se hayan ido, hasta que el matrimonio Bohmmer, de la Base Espacial de Fort Summer, comprueba con el transistor ultrasensible si permanecen o no en nuestro mundo.

«Lo único que sabemos, en definitiva, es que todos ustedes han vuelto a la vida, que la primera persona paralizada, Lisy Evans, ha vuelto también a la vida, pese a todos los pronósticos médicos, y que los miles de seres que murieron durante la terrible tempestad de anoche, lo fueron a consecuencia de naufragios, huracanes e inundaciones.

«Todavía hemos de hacer el balance de las víctimas. Pero por muy elevado que sea, pienso que un tributo así era necesario para librarnos del terrible azote que nos amenazaba.»

Naturalmente, los periodistas e informadores quisieron saber más detalles sobre la extraña personalidad de Abraham Hill. Y fue Jelly la requerida para responder.

Lo hizo con lágrimas en los ojos, llorando, cegada por las luces de los focos, ante cientos de cámaras, con una emoción que no podía dominar.

—¿Mi padre? Ni siquiera estoy segura de que lo fuese. Yo he visto a otras niñas cuando sus padres iban a buscarlas a la escuela, y no recuerdo que mi padre me besara como todos los padres besaban a sus hijas.

«Nunca hubo gran entendimiento entre él y yo. Era un ser extraño, reconcentrado, introvertido, como ausente. Después de la muerte de mi madre, se aisló mucho más de todos.

»Tengo la sensación de que no soy su hija. Quizá me recogieron en alguna parte y me adoptaron... ¡Esos focos, por favor! ¿No pueden apagarlos?... No, mi padre no era un ser normal. Terry le ha conocido

un poco y puede decirlo. Era un loco. Siento su desaparición y temo que haya muerto.

»Pero estoy segura de algo muy importante: la Humanidad entera debe la vida a mi padre.»

Un gran murmullo invadió la sala al escuchar estas palabras.

—Mi padre, o sea Abraham Hill, no parecía ser un individuo de este mundo. Ahí están sus libros, cargados de cosas extrañas. Id a buscarlos y sabréis que su cerebro no era como el nuestro. Él había atravesado ya la barrera de la realidad y vagaba por los ignotos mundos de la metafísica.

«Lo que haya de cierto en todo cuanto ha escrito, no creo que lo sepamos en muchos años. Muchos dirán que son sandeces y locuras. Pero no hemos dé negar que sus locuras nos han salvado a todos.»

Al terminar su discurso, una estruendosa ovación llenó el auditorio.

Henry Colbett se levantó entonces e hizo gestos para acallar las voces.

—Señores y señoras, amigos todos, ciudadanos del mundo entero... Me cabe el honor de presentarles al hombre que, al frente de un equipo de investigadores privados, con el nombre de *World Office of Security*, ha llevado las riendas de lo que empezó llamándose el «Expediente 0130», y que no era más que la leve sospecha de estar siendo espiados por seres venidos de otro mundo.

«La sagacidad y pericia con que Terence Chrishom ha dirigido la operación más importante de la historia defensiva de la Humanidad, le hace merecedor de las más altas distinciones.

»Debo comunicar al mundo entero que voy a presentar en breve mi dimisión como Secretario General de las Naciones Unidas, y deseo que todos los habitantes de este planeta recuerdan a Terence Chrishom y le propongan como mi sucesor, ampliándole los poderes que a mí me confirieron los gobiernos para intervenir en la justa causa de la paz mundial.

»Él nos ha salvado, no importa cómo. A él le debemos la vida, y lo que es más importante, la continuidad de nuestra especie en esta tierra que nos legaron nuestros antepasados.

»Hombres jóvenes y valientes como Terence Chrishom, hombres de su capacidad, de su honradez, de su integridad y de su corazón, es lo que el mundo necesita para regir los destinos de los hombres en la Suprema Jefatura Mundial.

«Ésta es la ocasión para desterrar definitivamente los viejos y anacrónicos nacionalismos. Éste es el momento adecuado para abolir definitivamente la discriminación racial, porque todos, en los

momentos difíciles, nos hemos hermanado ante un peligro común y extraordinario que nos ha hecho elevar nuestras preces al Altísimo.

«Jamás, en la historia de los pueblos, la Humanidad se había encontrado ante un peligro mayor y más aterrador. Todos habéis visto caer a los habitantes de ciudades enteras. Todos habéis visto encenderse el cielo en la furia desatada de unos elementos que sólo podían ser controlados por el averno maligno y devastador.

»Y en medio de todos esos signos extraordinarios, los millones de hombres, mujeres y niños que habían sido paralizados, tal vez para siempre, volvieron a la vida.

»Éste es el momento sublime de la unión fraternal de todos los pueblos. La Humanidad unida para luchar contra las fuerzas extrañas que nos acechan.

«Pronto entraremos en el siglo XXI. Una época gloriosa nos espera. La ciencia está derrotando a las enfermedades. El hombre conquista los espacios. El esfuerzo de todos por la conquista social. Igualdad de derechos en todos los rincones del mundo. Igualdad, hermandad y justicia social.

»Será el principio de un milenio que ha de cambiar totalmente la historia del hombre. Será la época gloriosa que han vislumbrado filósofos y pensadores.

»Y aquí tenemos el hombre capaz de dirigir los destinos de todos los países unidos, sin fronteras, sin diferencias de lenguas ni de doctrinas sectaritas.

»Éste es Terence Chrishom… ¡Votadle para Presidente de la Unión Mundial de Naciones! ¡El planeta será un pueblo único y no habrá más guerras entre nosotros! Si acaso, lucharemos contra otras razas del cosmos… ¡Y venceremos, porque nuestro destino está inspirado por Dios desde el principio de los siglos!»

Incluso Terry miró extrañado al político, sin poder creer lo que estaba oyendo en labios del estadista. Y si las ovaciones anteriores habían sido clamorosas, ahora los aplausos duraron varias horas.

Se aplaudió en Nueva York, en Moscú, en Pekín, en Londres, en Kinshasa, en Estambul, en Saigón, en Manila… ¡Se aplaudieron aquellas oportunas e inspiradas palabras en todos los confines del mundo, antes las pantallas de la televisión mundial!

Y muchos jefes de estado se sintieron emocionados y cautivados, enviando su adhesión al Secretario General, Henry Colbett, y solicitando inmediatamente una reunión extraordinaria de jefes de gobierno en la sede de la N.U.

En Roma, el Santo Padre rezaba dando gracias a Dios.

* * *

Siguieron días de inenarrable euforia en todo el mundo. Grandes recepciones en Nueva York, donde acudieron ciento setenta representaciones internacionales, con los respectivos jefes de estado a la cabeza.

Se acordó que los jefes de estado de todos los países del mundo continuarían dirigiendo sus naciones, como gobernadores generales, y que se alzaría, en medio del Atlántico norte, una gran isla artificial, donde radicaría la sede de la Presidencia de la Unión Mundial, con cinco mil parlamentarios, representantes de todo el mundo.

Por unanimidad absoluta, aplastante, se votó a Terence Chrishom para Primer Magistrado Mundial, y se acordó asimismo que la sede mundial llevaría el nombre de Abraham Hill.

Terry estuvo varios meses ocupadísimo en todos aquellos asuntos importantes, conversando con los jefes de estado, informando a la prensa, ayudando a redactar la Constitución Mundial.

Apenas si, en aquellos agitados días, tuvo tiempo de ver un par o tres de veces a Jelly. Pero, al fin, se escapó una noche, con objeto de pasar un fin de semana en un lugar tranquilo y aislado, en Florida.

Al llegar allí, casi secuestrado por Nick Miller, convertido en su ayudante, encontró aguardándolo a un pequeño grupo de amigos íntimos. Y allí vio a Jelly Hill, a Bob Stack, a Jack Preston, al matrimonio Bohmmer con su hija Laura, al capitán Robinson, al coronel Coldwell al sargento Newcombe y… ¿Cómo no? ¡A Lisy Evans, viva y radiante, agitando su cabellera rubia platino!

El doctor Perry había sido invitado especialmente por Lisy.

Terry los saludó efusivamente a todos, especialmente a Laura Bohmmer, que era una chiquilla muy vivaz.

—Gracias… Gracias por todo, pequeña.

—¡Gracias a usted, señor Presidente! —exclamó la niña, emocionada—. Mis papás me han dicho que usted me salvó de la muerte.

—Yo no fui, querida. Fue un hombre al que no debemos olvidar jamás, y en el que nadie tuvo fe, excepto yo, que habría pactado con Lucifer con tal de salir adelante en mi justa empresa.

El grupo se trasladó a una amplia terraza cubierta, donde les sirvieron refrescos y ponches.

—Y yo que creí poder descansar un par de días —se lamentó Terry, sonriendo—. Pero me habéis dado una inmensa alegría. ¿Quién ha organizado esto, Nick?

—Ha sido tu futura esposa.

Jelly se acercó y se sentó en el brazo del sillón ocupado por Terry.

—¿Creías poder escaparte de nosotros antes de ir a ocupar tu despacho presidencial en esa nueva ciudad flotante? —preguntó ella.

—No. Pero todos los jefes de gobierno me están esperando. Y no podía abandonarlos. El señor Colbett está extenuado. Por suerte, su visión política ha tenido éxito. El Presidente Flint nos felicitó ayer, cuando vino a vernos. Dijo que no había escuchado discurso más espontáneo y más expresivo en toda su vida.

—Desde luego, Colbett fue un oportunista —dijo el capitán Robinson—. Así lo dije a los oficiales de la Base.

—Ya lo creo. Cualquiera habría aprovechado aquella ocasión. El mundo no había reaccionado aún del desastre. Las conciencias estaban conmovidas. Sé que no fue preparado. La espontaneidad de Colbett al renunciar a su cargo en favor de una mayor representatividad de las N.U. fue magistral.

—Todos estamos muy contentos —dijo el ingeniero Bohmmer—. Y nosotros, los que hemos sentido la muerte, mucho más.

—Yo también la sentí en Long Bay —dijo Terry, bebiendo lentamente su ponche —. Eso sólo puede explicarlo quien lo ha vivido. Yo quería aferrarme a la vida. Quería luchar para que el mundo pudiera seguir viviendo dentro de cien años.

«Tuve la sensación instantánea de un planeta sin niños, apagándose, muriendo la gente a millares sin que nadie viniera a relevarles. Pero percibí la vida de nuevo, gracias a la intervención de Abraham Hill.

—¡Debió ser un hombre extraordinario! —declaró Margaret Bohmmer, mirando a Jelly.

—Demasiado extraordinario para ser real —dijo Jelly.

—Hemos estado en la Base Espacial de Tule, señor Chrishom —añadió Bill Bohmmer—. Y pudimos comprobar que no existían radiaciones ultrasensibles en la frecuencia 0,0000003.

—Recibí ese informe en Nueva York hace unos días, ingeniero Bohmmer. Gracias. ¿Nadie ha sabido nada de Abraham Hill?

—Nada —dijo Jack Preston—. Seguramente debió ir a parar al fondo del Atlántico.

—¿Tampoco se ha encontrado vestigio de los «glatkos»?

—Su sangre verde cubre todavía el islote de Greis, si es que a aquello se puede llamar sangre. Los químicos dicen que no han visto jamás nada parecido. Y es idéntico al rastro dejado por «Alky» en Long Bay —añadió Nick Miller.

—Bueno, supongo que esto no habrá sido una emboscada para empezar a pedirme puestos influyentes antes de mi nombramiento —

bromeó Terry.

—¡A mí me gustaría ser Director General de Seguridad Mundial! —gritó Bob Stack.

—Habréis de oposicionar. Según la nueva legislación, los cargos administrativos se ganarán en justas oposiciones. Los cargos políticos habrán de obtenerse en votación estrictamente popular.

—¿Y si yo quiero ser gobernador general de los Estados Unidos? —preguntó el sargento Newcombe—. Con mi sueldo no puedo pagar una campaña publicitaria.

—Nadie tendrá que pagar nada. El proceso será sencillo. Votaciones de distrito. Si se ganan, todos los vencedores podrán ser candidatos a los cargos superiores. Hay que empezar por abajo. En el pueblo está la justicia. Los candidatos presentarán sus programas en la jefatura del distrito y todos tendrán las mismas oportunidades. No habrán preferencias.

—Eso está muy bien —apoyó Newcombe—. Así, los que aspiren a gobernador general, habrán de ser antes gobernadores de estado.

—Ni más ni menos. De simple ciudadano se puede ser concejal, alcalde de localidad, alcalde de provincia, de estado, gobernador y gobernador general. Entre estos se elegirá luego el Presidente Mundial, porque yo no pienso estar toda la vida en ese elevado puesto. Doce años es lo más que me permite la ley.

—¿Cuándo se firmará esa constitución?

—El día primero del año 2000. Será fiesta mundial y habrán celebraciones en todas partes del mundo durante seis días. Lo que más me pesa, y según una estadística que me han presentado las computadoras, durante esas fiestas habrán veintitrés mil muertos. Pero nacerán sesenta y ocho mil niños. ¡Y eso es un gran consuelo!

—¡Viva nuestro primer Presidente Mundial! —gritó Elly Grubber, alzando su copa.

Todos corearon el grito y bebieron.

—Gracias, amigos míos. Tened la seguridad que mientras permanezca al frente de los destinos de la humanidad, os tendré siempre presente a todos… Y me podréis llamar por visófono privado cuando se os antoje, si no estoy reunido en Consejo Supremo o presidiendo el Parlamento.

Algunos sonrieron. Lisy Evans, empero, estaba triste. Terry se fijó en ella y se lo hizo notar.

—¿Qué te ocurre, Lisy? ¿No te alegras de todo esto?

—Sí, mucho, Terry. Pero algo me entristece.

—¿Qué?

—Que no pienses casarte conmigo.

Hubo un coro general de risas. Y Terry las calló, diciendo, muy serio:

—Te he devuelto la vida, ¿no? Además, si me casara contigo, destrozaría el corazón de Jelly y de Nick Miller. Sé que él te quiere. ¿O acaso no le quieres tú a él?

—¡Desde luego que sí! Pero me hubiese gustado ser la Presidenta.

Nuevas risas corearon la respuesta de la rubia platino, a las que se unió también la de Terry. Lisy, sin embargo, fue hacia Nick Miller y le tomó por el brazo, para llevárselo hacia el jardín.

—Bueno. En el peor de los casos me conformo con ser la Ayudante del Presidente, ¿no te parece, pichón mío?

El Coronel Coldwell se acercó a Terry y le dijo:

—No queremos molestarle mucho, señor presidente. Es mejor que vaya a dar un paseo con la señorita Hill. Tendrán muchas cosas de que hablar. Yo velaré por su seguridad.

—Me ha dado usted una buena idea, coronel. Gracias. ¿Vamos, Jelly?

Ella se ruborizó, pero se agarró del brazo de Terry al ponerse en pie.

Tomaron dirección distinta a la seguida por Lisy y Nick, mientras el capitán Robinson tomaba de la mano a Laury Bohmmer, para que sus padres también pudieran dar un paseo.

—Me parece, amigos, que a nosotros no nos queda más que ir al salón a desplumarnos unos a otros con los naipes —propuso Bob Stack —. ¿Por qué no has traído media docena de chicas del «Gay Club» de Miami?

—¿Crees que estaría bien en casa del Presidente Mundial? —replicó Jack, a quien iba dirigida la pregunta.

La partida de póquer favoreció al sargento Newcombe, quien ganó cincuenta y seis mil trescientos dólares en menos de seis horas.

—¡Diablos! —exclamó el sargento de la policía de Fort Summer, al contar sus ganancias, después de haberlos desplumados a todos—. Ya no pienso presentarme a las elecciones. Me compraré una casita en un lugar tranquilo y escribiré mis memorias.

—Sí, hágalo usted pronto —rezongó el capitán Robinson—. ¡Y diga dónde aprendió a jugar de esa manera…! ¡Porque a usted debió enseñarle algún tahúr!

Terry y Jelly regresaron en aquel momento, radiantes de alegría.

—¿Qué les parece si cenamos?

—El sargento nos ha quitado el apetito —masculló Bob Stack—. He perdido hasta la gratificación extraordinaria que nos dio el señor Colbett.

—¡Y yo soy rico, Terry!

—Le felicito, sargento. Jelly y yo vamos a casarnos, en privado, mañana mismo. Todos ustedes están invitados.

—¡Hurrah! —gritaron todos, levantándose súbitamente.

En alguna parte del más allá, Abraham Hill también debió gritar algo parecido al saber la noticia...

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA Publicación quincenal 10 PTAS.



RUTAS DEL OESTE Publicación quincenal 10 PTAS.



SEIS TIROS Publicacion quincenal 10 PTAS.



HURACAN Publicación quincenal 10 PTAS.



SIOUX Publicacion quincenal 10 PTAS.



ESPUELA Publicación quincenal 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS Publicación quincenal 10 PTAS.

ANTICIPACION



CIENCIA FICCIÓN Publicación quincenal 10 PTAS.



ESPACIO Publicación quincenal 10 PTAS.